

Cualquier cosa, menos quietos.

UNIVERSO CENTRO

Número 59 - Septiembre de 2014 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

Los héroes de Kenema

9

Asediada por egipcios

12

Deposición y diagnóstico

16

Sin novedad en el frente

17

Desplazados en el Alto Baudó

22

¿Guana guaiser, güero?

24

'El Tuerto' Echeverri
Un radical sin olimpo

UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDITOR

— Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora

— Guillermo Cardona

— Alfonso Buitrago

— David E. Guzmán

— Andrés Delgado

— Anamaría Bedoya

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

— Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

— María Isabel Naranjo

ASISTENTE

— Sandra Barrientos

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro

Número 59 - Septiembre 2014

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Leyendo sobre mojado



Fotografía: Sergio González

En marzo de 1996 una granizada destechó el galpón de exposiciones y la IV Feria del Libro de Medellín terminó arrugada. Los libreros, que lloraban antes de la única oportunidad, declararon la ruina absoluta y reclamaron los seguros. Llovieron los chistes sobre el carácter comercial de los antioqueños y su saña contra esa perdedera de tiempo. Las modelos le dieron la estocada final al asunto. La feria del libro se convirtió en "las ferias populares del libro": caspetes esporádicos en los parques de siempre. Los libros pueden compartir los riesgos climáticos de la agricultura.

Por eso la feria del libro, un poco acomplejada y diciéndose fiesta, se mudó al Jardín Botánico, en busca de mejor clima y un norte. Se aburrieron de los aguaceros de marzo y se pasaron a las tempestades de septiembre. El Jardín Botánico se convirtió en escenario de matrimonios y follaje de ferias selectas. Y se llevaron la nueva feria, la tal fiesta, hasta lo que se conocía como baños El Edén. A La curva del Bosque. Van ocho versiones y la Fiesta del Libro ha crecido hasta la U. de A., el Parque Explora, El Planetario y la carrera Carabobo. Y todavía se queda chiquita. En la tal fiesta hay concierto en las noches y en las puertas nadie pregunta nada. Sí es fiesta. Un anuncio con sorpresas donde no te piden ni una firma ni te requisan y ni hay torniquetes.

Llovió, pero hablaron bien libreros, editores, visitantes, escritores, cocineros, estudiantes... Hace seis años los vendedores dijeron que el setenta por ciento de los compradores eran mayores de treinta años, ahora dicen que el setenta por ciento son menores

de treinta. Entre los bachilleres la Fiesta del Libro fue parche, con diez mil pesos conseguían dos libros buenos. Estuvo bien escoger la lógica de los lectores, así fuera por obligación. Durante diez días los foráneos, de cerca y de lejos, repitieron que solo llegar y entrar a los galpones en sus ferias valía al menos veinte mil pesos. Y la gaseosa dos mil. Fue posible en Medellín donde se buscó amainar ese aguacero.

La crisis de la lectura es un tema que se repite más de la cuenta. Se citan las pruebas que responden los bachilleres y la plaga de los videojuegos, se invoca el papel y se machacan los escritores muertos como remedio. En el salón de una sobrina de quince años hay facciones enemigas entre las que leen a unos u otros vampiros. Lecturas mensuales de cuatrocientas páginas que hacen avergonzar a sus padres profesores. En Universo Centro recibimos reclamos y elogios de profesores de colegio cada mes, nos preguntan los bibliotecólogos, nos piden tres ejemplares los cuidadores de carros, nos reciclan los chatarreros y nos rapan los regaladores ambulantes.

La lectura no es un club de salvación, pero a quienes nos dedicamos a la mecanografía y otras artes nos alegra que no solo las letras de la nevera tengan imán. Desde que los alumnos vayan de civil es porque las cosas están mejor para quienes echamos el cuento. Necesitamos otro tipo de desfiles. Con mentiras distintas, con otras tijeras, con un poco de desconfianza.

Fue raro ver a los libreros risueños. Son raros los libreros. Y parece que quienes compran un libro y aspiran a terminarlo son legión. La Fiesta del Libro deja un sabor distinto en el norte, que siga lloviendo sobre mojado. ☹

LOS TENIS

por JHONNY BARRIENTOS DÍAZ

Ilustración: Verónica Velásquez

Esa noche, mientras subía, escuché las palabras: —Quedate quieto y no voltiés la cabeza.

Las palabras, a pesar de ser un robo, no eran ofensivas. El muchacho no me empujó, casi me puso contra el barranco detrás de la cancha. El otro, más mala leche, me sacó del bolsillo de atrás la cajetilla de cigarrillos; luego, de los bolsillos de adelante, tres mil pesos, una caja de fósforos, unas monedas.

El más tranquilo ya tenía mi media botella y se estaba tomando otro ron. Digo otro porque cinco minutos antes, tres cuadras abajo, en una esquina oscura, mis raptos me habían pedido un trago. No logré distinguir sus rostros, pero como estudiante de literatura en la universidad se lo extendí con la complicidad universal del noctámbulo que se encuentra a alguien desconocido a media noche y le ofrece un trago para brindar por la negra oscuridad, por la existencia efímera, por ese pedazo de luna que nos mancha de sombras y por la misma tierra que, a ellos ladrones y a mí estudiante, nos había arrojado a todos por igual a la guerra.

El mala leche recibió la botella. Al escuchar como el trago pasaba por su garganta y lo chasqueaba en su lengua le dije que dejara uno para mí, pero en seguida me aguijoneó: —¡Qué chiste, estás muy gracioso! Es el único pirobo que tiene un cuchillo en la espalda y se pone a hacer chistes malos.

Sentí cómo la punta de la navaja me punzaba y tal vez, como respuesta a mi osadía, sentí la correa del bluyín deslizándose por mi cintura. Me asusté. Le dije que se llevara todo pero que cómo me iba a violar.

El otro, mientras se ponía mi correa de cuero, se sonrió:

—Por bonito este hijeputa. Ladrón tal vez, pero ocioso nunca.

Ambos se rieron y yo también estuve a punto de hacerlo. Después de decirme que se iban a marchar, que no volteara a mirar para ningún lado, caminaron algunos pasos, pero antes de irse definitivamente el otro se detuvo:

—Mira que chimba de tenis, casi nos vamos sin ellos.

Regresaron y mientras me los quitaban sentí un desaliento. Les iba a decir que los tenis no eran míos, pero con el temor del cuchillo y de la correa deslizándose por mi cintura decidí guardar silencio y los oí trotando hacia abajo.

Al minuto me levanté asustado, corrí la cuadra de la cancha Maracaná hasta la carrera 73 B y caminé en medias hasta mi casa. Mi madre me abrió, se sorprendió con la historia y al verme descalzo me dijo casi sonriendo:

—Menos mal no te hicieran nada mijo, eso no es nada, no se preocupe y vaya acuéstese.

Esa semana pasé con la chispita que produce el hecho de que el conocimiento no sirva un culo ante la fuerza bruta, y con el resentimiento de que ni de café ni de plátano ni de oro están llenos los costales de este país de mierda.

La vergüenza me impidió recordar qué había pasado esa semana con mi hermano (el que me había prestado sus tenis para ir a una fiesta), pero ocho días después, dando una vuelta con mi sobrinita por la cancha, volví a atravesar la misma calle que había caminado descalzo, y como si los estuviera buscando, vi los tenis que me habían robado en unos pies que por supuesto no eran los míos. Me asusté. El pelado estaba sentado con un amigo de mi infancia muy cercano que era el jefe de una de las bandas del barrio. Mi amigo me saludó y el otro me miró ocultando medio rostro entre sus rodillas recogidas. Hubo una reacción en él entre el terror y el juego, como si en vez de robarme los tenis yo se los hubiera prestado.

Por supuesto mi susto fue tan grande que olvidé por un minuto a mi sobrina de año y medio que apenas estaba aprendiendo a caminar sobre el planchón, una terraza rodeada por cuatro metros de abismo, protegida apenas por unos tubos por entre los cuales cabría un toro. Era la reacción de un sensible y noble universitario, capaz de compartir su licor con el ladrón que lo maltrató con un arma. Corrí tras mi sobrina con el temor de haber visto a los ojos a mi verdugo. En los quince minutos que estuve allí, y a pesar de estar en el planchón, la mejor tribuna para ver los partidos en la cancha, no vi de manera consciente los tres goles, ni escuché los gritos de las esposas que celebraban la goleada de sus obesos maridos en el torneo de veteranos.

Decidí regresar. Mi amigo ya no estaba y solo vi a mi ladrón sentado allí con la cabeza agachada. Pasé a un metro de él, lo tenía de espaldas y lo pude haber golpeado, pegarle una patada y tirarlo a rodar por las escalas. Tuve todo el tiempo del mundo pero el temor del estudiante, tal vez el delirio del supuesto escritor que se imagina que no todo es tan sencillo, que como en una novela el hombre tendría su cuchillo filoso empuñado, y que al acercarme, como en un cuento de camajanes de Borges, me hundiría su puñal; o como había visto algunas veces en esa cancha de la Maracaná durante los partidos de los domingos, él sacaría un revolver, me lo pondría en la cabeza y dispararía; y el que rodaría por esas escalas empinadas sería yo, como vi a Taborda rodar

por las escalas de la Bananería con una bala en su cabeza, tieso y dando tumbos como un muñeco de palo.

Rastrillé un poco el pavimento con los zapatos que sí eran míos para ver su reacción, pero él no se movió, como si me estuviera esperando. Y en vez de empuñar mi mano para macerarlo, decidí empuñar la pequeña manito de mi sobrina y seguir mi camino.

En la mitad de la cuadra un vergonzoso sentimiento de derrota me hizo pensar que yo no era el representante de ninguna secta intelectual, que no era el personaje de ninguna novela y que solo era un simple humano humillado. Eso me hizo tomar fuerza y arrimar a la tiendecita de una vecina:

—Teresa, me puedes tener a la niña un minuto o mejor, si tienes tiempo, se la llevas hasta la casa a mi mamá.

Después de decirme que estuviera tranquilo me devolví por la cuadra. Desde la esquina miré hacia el planchón y el muchacho seguía con la cabeza agachada. A pesar de que había varios amigos por ahí y les pude haber pedido ayuda, sentí que ahora era mi problema y mejor aún, dada su sumisión, que lo tenía en mis manos. Me acerqué a dos metros y hablé con vos fuerte, no con la de un estudiante sino con la de un pillo que guardaba en su cintura su estúpida pistola ilusoria:

—Oíste hijeputa, devolveme los tenis que son de mi hermanito.

El pelado levantó la cabeza y aunque vi un pequeño hilo de sangre que le salía entre su cabello, el terror que tenía en sus ojos me conmovió:

—Ey, ¿cómo así que yo te robé hermano? —la turbación de su voz sonaba a disculpa.

—Sí, hace ocho días ahí en ese barranco detrás de la cancha —dije casi tartamudeando, y aunque si hubiera tenido un arma en mis manos estaría temblando o se hubiera deshecho como una gelatina, el espanto en él era de muerte, como si segundos antes le hubieran puesto un arma entre sus ojos.

—Peludo, perdóname, no puedo creer que yo te haya robado.

El tipo se agachó y a pesar de que creí que iba a desenfundar su arsenal, se desamarró los cordones de los zapatos (que siendo nuevos se veían muy sucios, y además se los había puesto sin medias), los emparejó con sus dedos y me los entregó con un gesto de perdón que minutos después comprendería:

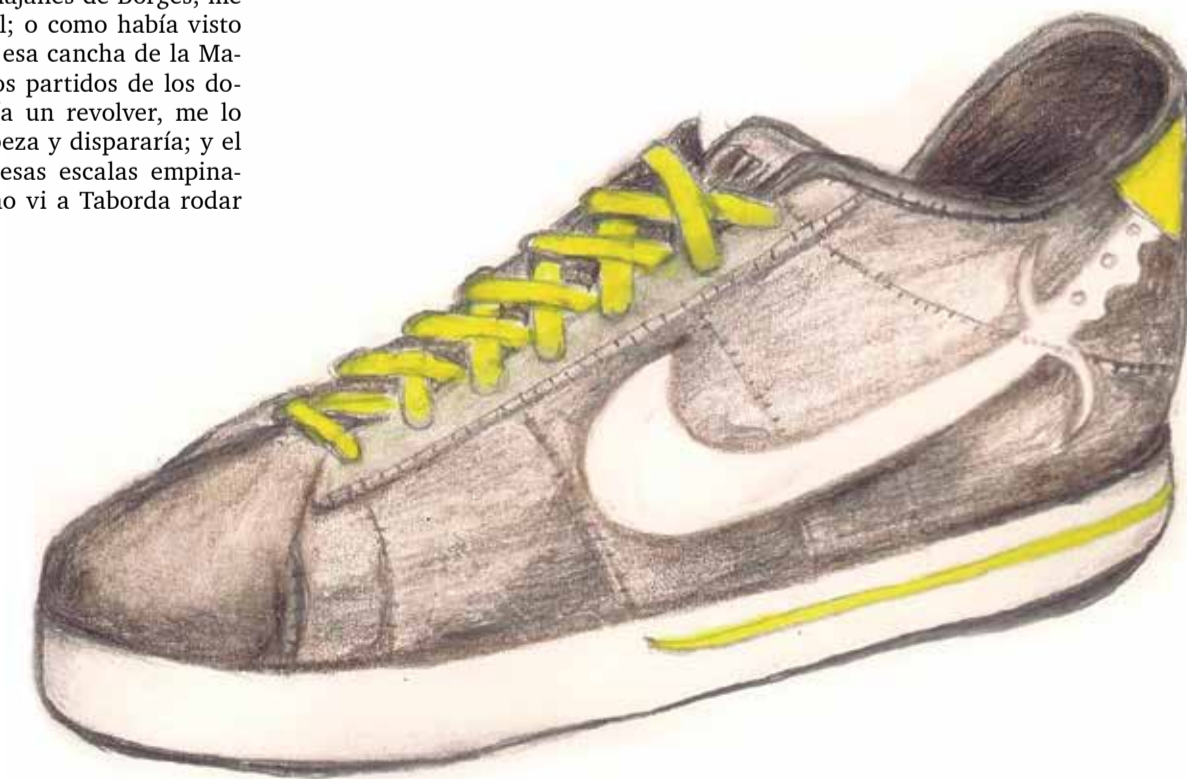
—Peludo discúlpame, tené, así como te mandé sin zapatos para tu casa, yo también me voy descalzo —dijo mientras caminaba y se limpiaba la poca sangre que le quedaba con su camiseta.

Llegué triunfante con los tenis amarrados a uno y otro lado de los hombros, bajo las risas de mis amigos de la cuadra que no creían la historia y con cierto olorito a pecueca que me hacía pensar que si los tenis hubieran sido míos y no hubieran estado nuevos, tal vez se los habría regalado.

Después de pasar frente a varias casas, mi amigo de infancia, ahora en el balcón de su casa, con expresión imponente habló:

—Menos mal te los devolví. Ahí le pegué un cachazo, le di una muestra de lo que le va a pasar si sigue de gato. A mis amigos nadie los roba.

Esa frase me desinfló. Caminé hasta mi casa tan decepcionado como si me hubieran despojado, no de unos tenis sino de mi vergüenza. Recordé el pavor en los ojos del joven y tiré a la mierda el estúpido mito del temeroso estudiante que le arrebata el trofeo a su ladrón temerario. Me sentí tan sucio como si solo le hubiera arrebatado un cromó a un niño, tan vacío como si me hubiera cogido a una triste putica en las polvorientas cementeras de El Cairo. ☹



Desde el aeropuerto y desde el hospital, desde Monrovia y desde Kenema. La noticia la traen los murciélagos, dicen las malas lenguas; los guantes verdes y las batas naranja esconden los fantasmas. Hasta ahora es tema de National Geographic. Dos colombianos cuentan sus historias con mascarilla.

Los héroes de Kenema

por WBEIMAR SÁNCHEZ BUSTAMANTE

Fotografías por el autor



La misión era muy clara, apoyar al hospital gubernamental de Kenema, Sierra Leona, en su respuesta a la epidemia del ébola. Fueron tres días de viaje, 14.475 kilómetros recorridos.

Desde marzo de 2014 se reconoció la epidemia del ébola en la región de África Occidental; las investigaciones muestran que el primer caso reconocible se dio en diciembre de 2013. Un niño de dos años, muerto por razones desconocidas para entonces, fue el centro de la onda que todavía se expande por África. Hasta hoy no se ha logrado establecer cómo resultó infectado. Días después, su madre y su hermana murieron también víctimas del ébola. Estos primeros casos se reportaron en la ciudad de Guéckédou, en Guinea. Debido a que en esa zona de África Occidental nunca antes se habían presentado casos de la enfermedad, el ébola fue una de las últimas cosas en las que pensaron los médicos para explicar las muertes que lle-

gaban bajo un cuadro clínico que bien podía ser confundido con cualquier dengue, malaria o fiebre amarilla. Al hecho de ser una enfermedad nueva en la región, con síntomas muy similares a los de cualquier enfermedad febril, se sumó que el contagio ocurrió justo en una zona donde confluyen las fronteras entre tres países: Liberia, Sierra Leona y Guinea, de modo que todas las condiciones estaban dadas para que se presentara la peor epidemia del ébola de la historia.

El 8 de agosto la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró que la emergencia de salud pública era de interés internacional y los ojos del mundo voltearon a mirar hacia esa zona de diamantes, bailes alegres y vestidos coloridos. Empezaron a llover publicaciones acerca del tema. Sin embargo, incluso mucho antes de esto, silenciosamente, mucha gente venía trabajando para tratar de atender la emergencia. Por ejemplo, la Federación Internacional de la Cruz Roja empezó a organizar

una respuesta para ayudar a las comunidades cercadas por la rápida propagación de una de las enfermedades más letales del mundo. Ahí es donde entro yo. Como médico y miembro del movimiento de la Cruz Roja fui llamado a participar de esta respuesta.

El 5 de agosto salí desde Medellín y llegué a Kenema tres días después, justo cuando se declaró la emergencia internacional por la epidemia. Kenema es la cuarta ciudad de Sierra Leona y por tierra está aproximadamente a tres horas de la frontera con Guinea, muy cerca de lo que llaman el *hot spot* de la epidemia, justamente entre la ciudad de Guéckédou y la ciudad de Kailahun, en Sierra Leona.

Kenema es una ciudad de 190 mil habitantes y fue uno de los sitios donde más se sintieron los estragos de la guerra civil que vivió Sierra Leona hasta el año 2004. Un sitio de clima cálido, aunque no extremo, muy húmedo, y con paisajes que se podrían confundir perfectamente con algunas zonas del Chocó o de otras poblaciones del Pacífico

colombiano. Sus habitantes todo el tiempo saludan a propios y extraños con un sonoro *kushai*, un sencillo “hola” en krio, su lengua nativa.

El hospital gubernamental de Kenema ha sido uno de los sitios más afectados por la epidemia. El personal médico resultó infectado y buena parte murió a consecuencia del ébola. Esto hizo que miembros del personal de salud que trabajaban allí salieran huyendo. Pero el miedo no solo alejó al personal médico, también alentó a huir a los pacientes: las mujeres embarazadas no querían tener su parto en el hospital, los fracturados no querían ser atendidos por los servicios de urgencias, los enfermos crónicos no querían ir a los controles. Todo esto era motivo de preocupación para las autoridades ya que el hospital gubernamental de Kenema es el único público de la región y atiende a la mayoría de personas que habitan en la ciudad.

Luego de mirar el panorama y realizar una evaluación de la situación en la zona, el equipo de la Cruz Roja consideró que tenía más beneficios y se exponía en menor medida a los riesgos de contagio si construía un nuevo centro de tratamiento del ébola. Esto ayudaría a disminuir la presión sobre el hospital y daría tranquilidad a los pacientes con otras enfermedades para que pudieran regresar a tratarse en el lugar acostumbrado. Por lo pronto era necesario hacer unas mejoras en las condiciones del hospital mientras estaba listo el nuevo centro de tratamiento. Después de otros análisis se llegó a la conclusión de que la causa del masivo contagio entre el personal de salud fue que desde el principio, cuando la gente llegaba al hospital, no hubo una buena clasificación de los casos y muchos pacientes con ébola no fueron enviados a la zona de aislamiento sino que pasaron por las salas de atención general. El *triage* era la clave; esa palabra francesa cuyo significado es “categorizar” y que fue usada por primera vez por Jean Dominique Larrey, cirujano de los ejércitos de Napoleón, durante las guerras. Se pensó, entonces, que si se mejoraban las condiciones de la zona de *triage* se disminuiría el riesgo del personal de salud mientras estaba listo el nuevo centro de tratamiento. La Cruz Roja y la OMS se pusieron en la tarea e idearon una forma de optimizar esta clasificación dentro del hospital de Kenema.

Cuando llegué al hospital de Kenema era un día lluvioso, uno de esos que tanto abundan en la zona entre julio y octubre. Se podía sentir la tensión, se veían las caras de miedo tanto de pacientes como del *staff* de salud.

En otro hospital, en la provincia de Kailahun, lo pude vivir en carne propia. Supe lo que era ponerse el pijama médico, las botas pantaneras y abrir la cerca para ingresar a un centro de tratamiento de ébola, no sin antes hacer un exhaustivo lavado con agua clorada. Supe lo que era mirar las estadísticas en un tablero y, contrario a lo que se vive en una guardia médica normal,

observar que el número de fallecidos del día siempre es superior al de quienes son dados de alta. Supe lo que era el ritual de ponerse el traje de protección, el asfixiante overol aislante que se usa en las emergencias químicas: la mascarilla de alta eficiencia, la capucha de protección de la cabeza —parecida al burka que usan las mujeres islámicas—, las gafas de protección que se ponen en el pequeño espacio que queda para los ojos, los dos o tres pares de guantes, el delantal de caucho que va encima de todo el traje... un traje que se convirtió en sinónimo de ébola y hoy es temido por muchos en la zona. Pero el ritual no termina ahí, sigue la inspección de una persona encargada exclusivamente de verificar que los trajes queden bien puestos y de que no quede ningún tipo de fuga o posible orificio de entrada. Y luego de esto la autoinspección, donde cada uno verifica que todo esté donde debe estar: nunca en mi vida me había mirado tantas veces al espejo. Cuando todo está listo, empieza una especie de marcha fúnebre hacia la zona de aislamiento —o de alto riesgo, como se le llama—, caminando en fila india, en un desfile casi solemne, no porque se camine con ánimo de solemnidad, es solo que el traje es incómodo y debe cuidarse cada paso para evitar accidentes.

No llevaba cinco minutos en el traje y ya sentía las gotas de sudor bajando por mi espalda; adentro, lo que importa son las misiones específicas: verificar la muerte de un niño durante la noche anterior, hacer el seguimiento clínico a dos o tres pacientes; mirar el estado de un hombre adulto al que, si le sale el examen de control negativo, se le puede dar de alta después de dos semanas en la zona de aislamiento. En todos los casos anteriores es imposible no pensar en lo cerca que se está de este virus mortal; es imposible no pensar en la posibilidad de ser uno más entre los pacientes que padecen el ébola.

Sin embargo, somos nosotros quienes brindamos la ayuda, no podemos desfallecer ni descuidar las medidas de

seguridad. Se acerca el momento de la salida, después de sesenta minutos, el máximo de tiempo que se tiene establecido para estar dentro de la zona de aislamiento. Hay que ser estricto, el golpe de calor y el estrés pueden ser muy inconvenientes en estos casos.

Después de la misión viene la otra parte del ritual: quitarse el traje acompañado por una persona encargada de instruir todo el proceso y rociar agua clorada durante todo el tiempo. Cada paso es meticuloso, hay que evitar el más mínimo contacto de las áreas contaminadas del traje con las áreas no contaminadas. Para esto nunca entrenan a un médico, es un proceso que puede tardar hasta veinte minutos, y parece eterno. Cuando se termina, siempre queda un manto de duda, uno sabe si lo hizo bien, solo queda buscar la recompensa de relajarse bajo la sombra, tomar agua y pensar en lo increíble que ha sido esta experiencia. Muy pronto la ansiedad hace que brote el afán de que pase el tiempo prudente para recuperarse y poder ingresar de nuevo a cumplir la ronda.

En ciertas zonas del hospital de Kenema era normal ver una especie de homenaje a los “héroes caídos”. Las placas



conmemorativas no eran de mármol sino simples fotocopias de fotografías borrosas y algunas palabras sentidas de parte de los compañeros que siguen en la lucha. Uno de los avisos conmemorativos que más llamaba la atención por su tamaño y su calidad era el del Dr. Sheik Humarr Kahn, uno de los grandes conocedores de la enfermedad que falleció a finales de julio en un hospital de Médicos Sin Fronteras, en la vecina ciudad de Kailahun. El Dr. Kahn se desempeñaba como coordinador del programa de fiebre de Lassa, una enfermedad muy común en el occidente de África, considerada una de las más letales dentro del grupo de las denominadas “fiebres hemorrágicas”, entre las cuales se encuentran el dengue, la fiebre amarilla y ahora el ébola. El homenaje demostraba que la pérdida del Dr. Kahn fue invaluable para la sociedad de Sierra Leona, pero no fue la única: entre médicos, enfermeras, personal de laboratorio, técnicos de imágenes, etc., suman más de treinta los fallecidos que trabajaron en el hospital de Kenema.

Mientras estuvimos reforzando el área de *triage* del hospital, casi todos los días era admitido alguien en la zona de aislamiento. Cuando iba caminando desde la zona de *triage* hasta el área

de la toma de muestras de sangre para confirmar el diagnóstico, escuchaba decir a los enfermeros: “Esa es enfermera de acá” o “ese es uno de los técnicos de laboratorio”... Miradas de tristeza por sus compañeros y temores por el contagio acompañaba esas palabras; sin embargo, a pesar de aquellos sentimientos, nunca les noté intenciones de renunciar a su tarea. Incluso en los momentos más duros, cuando murió uno de los médicos que además era tío de una de las enfermeras del área de *triage*, nadie desistió.

Rachel, Ibrahim, Momo, Elizabeth, Theresa, Augusta, entre varios otros, son aquellos que a pesar de las adversidades siguen ahí en pie de lucha, haciendo su mejor esfuerzo para que desde el ingreso de los pacientes el proceso sea el correcto y se pueda evitar que sus compañeros se expongan a un riesgo innecesario. Esa es tal vez una de las acciones que más vidas salvan en una epidemia de estas características: vidas del personal de salud, de los que están arriesgándose al frente del incendio, sus propias vidas.

Un mes después, 15.699 kilómetros recorridos, cuatro ciudades visitadas y dos días de viaje, regreso a casa ¿Misión cumplida? No sé, pero los héroes de Kenema lo están haciendo. ☹

Monrovia

por PABLO SANABRIA

Fotografías por el autor



A mediados de agosto pasado cumplí dieciséis meses viviendo en Monrovia, Liberia, y cerca de cuatro años en África Occidental, foco de la actual epidemia del virus del ébola que implica riesgos globales según la ONU.

África tiene un encanto cultural que esta alojado en nuestro ADN. Hay comportamientos y elementos que nos hacen sentir “como en casa”; es cuestión de darnos un poco de tiempo para indagar en sus costumbres.

Cuando recién llegué a vivir a Monrovia, en abril de 2013, luego de pasar los dos últimos años en Accra, Ghana, sentí el cambio de inmediato. Liberia es un país con un violento pasado y una inestabilidad política que se respira en el ambiente. Características que marcan el comportamiento de los liberianos en su cotidianidad y, sobre todo, en el momento de las dificultades. Liberia fue un punto de referencia para la región y un destino de lujo en la década de los setenta, producto del flujo de efectivo del petróleo libio y de la “generosidad” de Gadafi, quien construyó allí un hotel cinco estrellas para su descanso.

Monrovia es una ciudad alegre para los locales y monótona para el extranjero promedio. Los planes se limitan a los mismos doce restaurantes donde se ven las mismas caras de los mismos expatriados, la mayoría en misión de la ONU o trabajando en la reconstrucción del país de la mano de alguna ONG. La reconstrucción avanza a un ritmo muy lento, con poca iniciativa de parte de los locales a los que parece les hiciera falta un poco de colonialismo europeo como impulso. Vivir en Liberia es costoso y retador.

Las primeras sugerencias son suficientes para hacerse una idea: si se enferma no vaya a hospitales o clínicas locales; lo recomendable es salir del país. Si necesita electricidad debe trastear generadores a gasolina todo el tiempo (de acuerdo a su capacidad adquisitiva y a sus necesidades particulares). Si necesita agua debe taladrar la tierra diez o doce metros para acceder a las fuentes subterráneas del líquido y extraerla con bombas manuales o eléctricas (si tiene generador). En definitiva, Liberia no tiene la infraestructura para satisfacer las necesidades básicas de su población.

La epidemia del ébola comenzó en diciembre de 2013 en Guinea, en una zona fronteriza con Sierra Leona y Liberia. Para marzo de 2014, la información llegaba en forma lenta y con una generalidad tan esperanzadora que no hacía prever nunca que las cosas llegarían hasta el punto actual. Existen cuatro factores determinantes para lo que está pasando hoy y que comparten los otros dos países más afectados por la epidemia.

El primer factor es cultural. Costumbres como la velación de cuerpos en las casas con rituales que implican contacto físico con los cadáveres en la etapa más crítica de contagio del virus; la práctica de medicina tradicional en la que chamanes y curanderos suplen la falta de infraestructura hospitalaria, lo que no ayuda a contrarrestar el problema sino al aumento de riesgos de contagio por contacto; y el consumo de "carne de arbusto" (*bushmeat*) que se vende indiscriminadamente en la calle en horas de la tarde junto al pescado del día. En particular, en esta práctica de consumo tengo que admitir que vi a los mercaderes agarrando por la cola a unos animales que en mi vida había visto y que aparentaban ser una nueva raza de armadillos emparentados con ratas, junto babillas, micos y otros cuantos más dentro de los que se incluyen murciélagos frutales que, aparentemente, son los huéspedes del ébola. Para adquirir "carne de arbusto"

basta con parquear al lado de la estación de gasolina donde diariamente se realiza la venta y esperar a que los jóvenes cazadores se acerquen al vidrio del carro, convirtiéndolo en una improvisada vitrina de carnicería. Los animales se compran completos, vivos o muertos, y el precio es tasado por la negociación entre oferente e interesado. Por salubridad nunca participé en la comercialización de este intrigante ingrediente, pero sé que el precio oscilaba entre diez y treinta dólares de acuerdo al animal, a su tamaño y al carro que usted maneje.

El segundo factor es la ignorancia. Hasta hace tres meses el liberiano promedio no sabía qué era ébola ni cómo se transmitía ni cuáles eran los síntomas. Una vez iniciaron las campañas de educación con líderes comunitarios, la gente sintió pánico de ir a los centros médicos cuando se presentaban los síntomas porque sabían que la muerte podía ser inminente. Surgieron manifestaciones que acusaban al gobierno de inventar la epidemia con el fin de obtener ayuda internacional que iría a parar a las cuentas personales de los funcionarios. La huida de pacientes de las zonas de observación por ignorancia de su condición y de la amenaza potencial que representaban, tampoco ayudó a contener el virus.

El tercer factor es la indiferencia local y mundial. El mundo no volteó a mirar a África Occidental hasta finales de julio, cuando dos doctores voluntarios de nacionalidad estadounidense resultaron infectados con el virus. La numerosa misión de la ONU que asiste a Liberia está conformada por fuerzas especializadas en postconflicto. Nadie se preocupó por fortalecer la misión con personal adecuado para enfrentar la situación.

El último factor es la falta de infraestructura y medios. Liberia, antes de la epidemia, contaba con un cuerpo de cincuenta médicos, un hospital público y cuatro o cinco clínicas privadas para atender algo más de



cuatro millones de habitantes. A principios de julio, el hospital y las clínicas cerraron sus puertas debido al sobrecupo y al ausentismo del personal médico que tenía miedo de atender a sus pacientes por la falta de equipo básico como guantes desechables para el trato de personas enfermas. Desde las últimas semanas de julio hasta el día en que salí de Liberia, viví todo un proceso de deterioro de la situación. Se declaró el "estado de emergencia" que involucró el cierre de todos los pasos fronterizos oficiales y el aislamiento militar de comunidades enteras con el fin de detener el fenómeno. Antes de viajar se inició el toque de queda en Monrovia de 9:00 p.m. a 6:00 a.m., luego fue extendido a nivel nacional. Solo durante la guerra civil el aeropuerto estuvo tan lleno como en las últimas semanas en que estuve en mi lugar de trabajo. Luego del incidente de Patrick Sawyer, el pasajero que salió de Liberia hacia Lagos, Nigeria, y que murió infectado, el aeropuerto puso en marcha un estricto plan de control de temperatura corporal para pasajeros y empleados. El ambiente era similar al de películas como *Soy Leyenda*, pero multiplicado por mil. Personas uniformadas con batas blancas, guantes desechables, tapabocas y termómetros en mano medían la temperatura corporal de todo aquel que ingresara al aeropuerto, mientras dos ambulancias parqueadas a la entrada del terminal esperaban al primer paciente con una temperatura superior a los 37,5 grados para ser valorado y probablemente aislado, así su fiebre fuera ocasionada por una gripa o por la malaria que azota a estos países tropicales. Acercarse a conversar con un pasajero podía implicar riesgos desconocidos. El contacto cercano obligaba una distancia prudente en la que ningún fluido corporal pudiera tener contacto con nuestra piel. Esto aumentaba la tensión invisible de quién quisie-

ra cambiar de lugar y de rol: "Cuando seré yo el que esté del otro lado del mostrador chequeando mis maletas con destino a cualquier lugar que me haga sentir más seguro y tranquilo", pensaba con frecuencia.

Ver y vivir este proceso de evacuación es triste. Es vivir en carne propia las escenas donde el ambiente se enrarece por la angustia de locales y extranjeros de ponerse a salvo lo más pronto posible dejando atrás, a miles de millas, a familias, amigos y compañeros de trabajo. Es ver desmoronarse a un país. Las calles de Monrovia en los últimos días aparentaban una ficción donde nada estaba pasando y a veces llegué a pensar que estaba en otro sitio, donde lo que se veía por los canales de televisión era producto del amarillismo periodístico. Pero no, la muerte de una persona cercana fue el campanazo para evacuar Liberia dejando a gente que aprecio y que me recibió con el buen corazón africano que los identifica. En el último reporte que leí sobre la situación se hablaba de más de tres mil casos y más de 600 muertes asociadas con el virus solo en Liberia, sin contar con otros cientos que están muriendo por otras enfermedades pero no tienen ningún tipo de atención médica oportuna. La situación se acerca cada día más a la cifra de veinte mil casos sugerida por la OMS. Cada día muere más gente y se contagian otros cuantos. Regresar a la normalidad va a tomar entre nueve meses y un año.

Triste panorama para un país en el que la tasa de desempleo era del 85 por ciento antes de la epidemia. Sin embargo, lo más complicado de la situación no es solo la dificultad de retomar el control, es saber que durante mi viaje por Estados Unidos, para llegar a Colombia, no hubo ningún tipo de control de organismos de salud que monitorearan la migración de personas provenientes de países afectados. La ventana aún está abierta. ☹





UNIVERSIDAD EAFIT
Abierta al mundo

MAESTRÍA EN HERMENÉUTICA LITERARIA

SNIES 54790

INSCRIPCIONES ABIERTAS PARA 2015 para la 7ª Cohorte

Título que otorga: Magíster en Hermenéutica Literaria

Programa para profesionales de múltiples áreas del conocimiento interesados en forma manifiesta por la literatura. Particularmente a aquellos interesados en adquirir herramientas de lectura provenientes de la teoría y el análisis literario especializado.

Conozca nuestra oferta en:
www.eafit.edu.co

POSGRADOS

MAYORES INFORMES
Efrén Giraldo
Coordinador Maestría en Hermenéutica Literaria
E-mail: egiral25@eafit.edu.co | Tel. 2619500, ext. 9972

Medellín | Llanogrande | Bogotá | Pereira
Línea gratuita nacional 01 8000 515 900
posgrados@eafit.edu.co

UNIVERSOCENTRO

Cualquier cosa, menos quietos

Colección 2008 - 2014



El libro con el que celebramos nuestros 6 años. 71 textos, 50 escritores, 15 ilustradores, 8 fotógrafos. Vendemos nuestro pasado para que haya futuro.

De venta en:

Medellín

Librería los libros de Juan, Palinuro, Ex-libris, Al pie de la letra, Grammata y Bar el Guanábano.

Bogotá

San librario, La madriguera del conejo y Casa tomada libros y café.

Mayores informes:

universocentro@universocentro.com
cel. 301 4838135

www.universocentro.com

En mayo de este año *Leidi*, un corto de Simón Mesa, ganó una Palma de Oro en Cannes por sus dieciséis minutos. Todavía no lo hemos visto, falta tiempo.

El silencio es el mejor de los amuletos

por OSCAR IVÁN MONTOYA

Fotografía: Archivo Simón Mesa

Para muchos cineastas participar en el Festival de Cannes es un sueño, por no decir la culminación de una carrera. Para Simón Mesa ese objetivo se constituyó en un punto de partida. En su primera incursión en el prestigioso festival se alzó con el galardón más importante que haya conquistado el cine colombiano en su historia.

La Palma de Oro para el mejor cortometraje de 2014, obtenida con *Leidi*, fue un premio inesperado y merecido para este joven reservado, admirador del cine de David Lynch y Abbas Kiarostami, que ha forjado en su corta trayectoria un universo en el que predominan los tiempos muertos, los personajes taciturnos, las tomas largas, las atmósferas oníricas, la cámara inmóvil, el silencio que lo cubre todo con una especie de resplandor.

Desde sus primeros trabajos, como el premonitorio *Silencio*, Simón Mesa convirtió este elemento en su marca en el orillo. Igual sucede en *Los tiempos muertos*, un corto que es explícito desde su título. En *Leidi* estos componentes se maximizan y alcanzan tal grado de expresividad que es casi imposible sorber su médula sino se aquilatan en su justa medida: “Para mí el silencio es muy intuitivo, se refleja en todo lo que hago, en la forma de expresarme. Me interesan mucho las miradas, los gestos, las pausas de los personajes, no solo los diálogos. Robert Bresson señalaba que no había que poner a decir a un actor algo que no se pudiera resolver con un silencio”.

Pista de despegue

Los tiempos muertos, de 2010, fue el trabajo con el que Simón Mesa se graduó como Comunicador Audiovisual de la Universidad de Antioquia. Fue rodada con un equipo “guerrilla”: cámara al hombro, blanco y negro, sin pedir permiso a la administración local, en plena noche medellinense y con una planta de energía alquilada. Es un cortometraje en el que su director afila sus armas, en el que por primera vez realiza el tipo de cine que le interesa: los ritmos lentos y sin estridencias argumentales, ambientes alucinados, personajes que deambulan en medio de la noche.

Los tiempos muertos fue, además, una escuela para el equipo técnico que aprendió a rodar en circunstancias azarosas, con un escaso presupuesto, con patrullas de la policía husmeando por el plató, con seres extraños que revoloteaban a sus alrededores. Con este trabajo Simón Mesa mostró la madera de la que estaba hecho, no solo en cuanto a talento sino en aspectos igual de importantes como lo refiere Luis Fernando Bohórquez, ‘Móngol’, actor de esa producción: “A mí me llamó mucho la atención lo recursivo que era. No prendía las luces sino hasta que ya no se podía grabar con la luz ambiente. Nunca daba una indicación de más. Nunca se ponía nervioso. Cuando un director está cagado del miedo, el primero que lo nota es el actor, y este pelao nunca perdía el aplomo, ni siquiera en estas circunstancias tan peculiares”.

Londres me mata

En 2012, Simón Mesa viajó a Londres en donde realizó su maestría de cine. Allí permaneció por dos años largos y adquirió callos y mucha carretera. Conoció la ciudad y su ambiente cultural mientras adelantaba sus estudios, aunque no considera que estuviera aprendiendo a rodar cine. Lo que estaba buscando era una forma. Su intuición verdadera se produjo en otros territorios, como él mismo lo reconoce: “El primer año trabajé limpiando oficinas. Luego fui barman en un pub. Para mí fue importante estar ese tiempo en Inglaterra porque fue una enseñanza vital, en donde aprendí a comer mierda, a resistir con pocos recursos, además me brindó una perspectiva que después pude volcar en *Leidi*”.

En su escuela se relacionó con turcos, rusos, taiwaneses, portugueses, y adquirió un conocimiento de sus cinematografías. Kim Ki Duk, Guy Maddin, Nuri Bilge Ceylan, Bruno Dumont, Park Chan Wook, Abbas Kiarostami, Miranda July, Michael Haneke son los nombres que rodaban a diario de boca en boca entre los estudiantes. Allí, igualmente, comenzó a moldear a *Leidi*, su trabajo de grado, a imprimirle un talante desde lo visual y lo escrito que tendría su ejecución en enero de 2014, cuando se rodó en las laderas de Medellín.



El arte de la sutileza

Leidi nació modestamente con un pequeño presupuesto obtenido de un estímulo de Idartes, ya que como corto no fue tenido en cuenta en los premios del Fondo para el Desarrollo Cinematográfico. Con el guión en la mano y el mismo equipo de rodaje de *Los tiempos muertos*, Simón se lanzó a la aventura de filmar en el barrio El Picacho, en el noroccidente de Medellín. Las expectativas eran tan moderadas que María Camila Villegas, la maquilladora de la producción, recuerda que se enroló en el proyecto simplemente porque pensó, “vamos a ayudarlo a estos pelaos. Pero cuál no sería mi sorpresa al ver lo organizado que era Simón, que lo tenía todo en la cabeza: desde cómo debían ir peinados los personajes hasta el movimiento y el encuadre de la cámara. Es la primera vez que participo en un rodaje que termina a tiempo”.

Leidi es la historia de una madre adolescente —interpretada a la perfección por Alejandra Montoya— que sale a buscar al padre de su hijo que lleva varios días sin reportarse. Con esa peregrinación tan básica su director arma un filme poderoso, repleto de matices, con temas tan universales como el viaje, la búsqueda, la misma identidad.

Leidi ya había tenido una primera aparición en *Los tiempos muertos*, en la que un personaje tiene ese nombre, algo que no es para nada casual, como lo explica su realizador: “*Leidi* ya existía. A mí siempre me interesó ese nombre. Me parece un nombre feo y bonito, cargado de significados. Aquí en los noventa hubo una explosión de leidis a

partir de la muerte de la princesa Diana y, desde entonces, hubo varias camadas más. Para mí es un reflejo de algo que nos representa mucho, que es como querer ser algo que está fuera de nuestro alcance. Es como una suerte de búsqueda. A un nivel más amplio, *Leidi* es como una analogía que habla de Colombia, de nuestro ser más interior”.

Leidi está plena de aciertos en lo visual, en la dirección de actores, en la creación de atmósferas, en la intervención del entorno, sobre todo en el sonoro, que ha sido uno de sus aspectos más resaltados del corto; pues si algo caracteriza a los barrios populares es su eterno alboroto, las músicas a todo volumen, los gritos y maldiciones que surcan el aire. En *Leidi*, las barridas de Medellín aparecen transfiguradas, cubiertas de silencio y de bruma, como si estuvieran enclavadas en una comarca desconocida. Más parecidas a los suburbios de alguna película de David Lynch que a las hiperrealistas y ruidosas que vemos en el cine reciente o en nuestra experiencia cotidiana.

Grandes expectativas

Después del triunfo en Cannes, *Leidi* inició un periplo que la llevó por festivales en Guanajuato, Vancouver, Melbourne, Londres, Medellín, escalas donde recibió los aplausos de los espectadores y el reconocimiento de la crítica, sin que ello hiciera mella en el aplomo habitual de su director. Por el momento *Leidi* tiene cuerda para rato, lo mismo que Simón Mesa, que se convirtió en la mejor noticia que del cine colombiano en los últimos años. ☘

Asediada por egipcios



por MELISSA HENAO

Fotografías por la autora

Egipto es el país árabe más poblado. Con más de 84 millones de habitantes, su territorio se extiende desde África hasta Asia. Alejandría es la segunda ciudad más importante de Egipto, después de El Cairo, y allí fui a dar, a la mismísima ciudad fundada por Alejandro Magno. Inicié este viaje por un proyecto social que me proveía el hospedaje y otros gastos básicos.

Cuando llegué encontré que muchas mujeres cubrían cuidadosamente su cabello y su cuello. Algunas tenían sus ojos encerrados en velos negros y me llegué a espantar frente a esas ninjas perfectas, fantasmas entre las multitudes. Nunca me atreví a dirigirles una sola palabra. Son intimidantes. Sientes que no debes ni mencionarlas; es como si te rechazaran. Al cabo del tiempo encuentras que son solo tímidas y que su mala cara es un simple mecanismo de defensa.

Como turista es imposible caminar por los mercados y por las calles sin atraer la atención de todos los hombres. Entre su mirada y sus palabras, en un árabe vulgar, puedes sentir sus reveladas intenciones. Llega a ser realmente molesto convertirse en el centro de atención por algo tan natural en

Occidente como lucir tu cabello y cuello libremente. Es tal la tensión que lo mejor es desandar tus pasos y volver a un lugar seguro.

En una ocasión caminaba por un pasaje peatonal con dos amigas mexicanas. Nos vestimos como nos recomendaron: camisa manga larga y pantalones que no dejaran piel descubierta. Queríamos caminar por la calle de Alejandría y tomar algunas fotos. Eran las tres de la tarde y había mucha gente en el pasaje. Todo iba muy bien hasta que un grupo de hombres jóvenes comenzó a seguirnos. Nos hablaban en árabe y nosotras no entendíamos absolutamente nada. Seguimos caminando afanadas, tratando de avanzar entre la gente, intentando mantener la corteza. Imaginamos que querían tomarse una foto con nosotras, hablar, invitarnos a un té, pero nos negamos como pudimos. Entonces, uno de ellos estiró la mano y apretó la nalga de una de mis amigas. Nuestra reacción fue afanar aún más el paso, pero el hombre continuó su asedio y comenzamos a correr. Menos mal íbamos juntas, el pasaje estaba atestado de gente y reaccionamos rápido. Si vas sola, en una calle desierta, el acoso puede ir más allá que una tocadita de nalga.

Sin embargo, cuando preguntas más a fondo, puedes comprender el desespero y la ansiedad de estos hombres. Por costumbres religiosas y culturales, un hombre no puede abrazar, tocar y menos besar a una mujer antes del matrimonio. Ahora, para casarse, los hombres tienen que acumular el suficiente dinero para pagar el apartamento, la mitad de los muebles y conseguir un saldo extra, cantante y sonante, para el padre de la novia. Según me explicaron es dinero para ella misma por si surgen emergencias, una especie de seguro.

El tema no se queda allí. En Egipto no es nada fácil trabajar y ganar dinero. Luego de la revolución el país quedó hundido en el caos económico y las cifras de desempleo se dispararon. Por lo general un hombre de treinta años, de clase media baja, es desempleado y virgen.

El remilgo cultural y religioso impide los besos y otros acercamientos más intensos entre solteros. Para casarse hay que tener dinero y trabajo. Pero trabajo no hay. Ni novia, ni besos, ni sexo ¡Los hombres están desesperados! A la calentura del desierto se suma la producción imparable de semilla masculina y la fiebre de las noches en soledad. De manera que cuando salen a dar un paseo por los mercados y calles padecen del celo más intenso. A sus ojos, la menor insinuación femenina tiene un aire provocador y excesivo. La obligación entre las mujeres de ir tapadas hasta las uñas de las manos, adquiere todo el sentido.

Por otro lado te encuentras con los hombres adinerados, o al menos con trabajo y algo de efectivo, que sí han podido

foliar. Ellos te ven como un polvo fácil porque eres latina. La “superstición” de los egipcios dice que las latinas y las rusas son las más alebrestadas. Estos hombres te complacen en lo que quieras, si les das la oportunidad. Te compran vestidos y accesorios entre otras cosas. Pero cuando les preguntas con quién se van a casar, contestan muy seguros que con una mujer musulmana, bien cubierta de pies a cabeza, ya que son puras y mejores para formar una familia.

Un egipcio me clasificó las mujeres en tres clases: las dogmáticas, las religiosas más abiertas y las que, en un auge de la cultura europea, son realmente abiertas y pueden tener relaciones sin estar casadas. Las dogmáticas son las que se tapan todo y siguen al pie de la letra los dictámenes culturales. Estas son una minoría y son perfectas para el matrimonio porque sus esposos se aseguran de que ningún otro hombre las va a mirar, ni les va a hablar, serán suyas y de nadie más. Las de la segunda clase pueden tener amigos, salir con ellos y entablar una conversación, pueden divertirse, ir a cafés y vivir un poco más. Estas son la gran mayoría y pueden llevar o no el velo. Las terceras son muy escasas y definitivamente no usan velo. Con ellas está descartado el matrimonio.

Las mujeres por su parte piensan mal de todos. Saben que solo las quieren llevar a la cama. Por eso no les importa que se dieran solteras hasta encontrar uno que las convenga del todo. En el tiempo que llevo en Egipto solo he conocido una mujer que con valentía se divorció de su esposo por “asshole”. Esto fue lo único que quiso mencionar. Traté de saber la causa del divorcio pero con amabilidad cambió el tema preguntándome sobre la vida en mi país.

Quisiera quedarme y vivir en Egipto por un tiempo, pues aparte de este acoso masculino la gente es amigable y tiene un grato espíritu comunitario.

Darán que lo mismo pasa en nuestro país, pues cuando una mujer pasa por un edificio en construcción o un montañallos algunos hombres chillan y te dicen lo rica que estás, y entre cumplidos de calle hasta que te pagarían pieza. Pero todo termina en el comentario. Aquí no. En Alejandría te persiguen en carro, moto o bicicleta, no importa si el hombre es rico o pobre, todos quieren contigo. Hasta las más cubiertas son asechadas. Una mujer sola en la calle es un verdadero riesgo. Si así sucede en el día, con calles congestionadas, imagínense lo que puede llegar a pasar en la noche. Es mejor encerrarse desde temprano... y mirar por las ventanas. ☘



Miranda

por MAURICIO LÓPEZ

Fotografías: Juan Fernando Ospina



El barrio Miranda se construyó sobre dos quebradas mucho antes de la llegada del siglo XX. La Bermejala y El Molino marcaban sus límites, y la escuela Francisco Miranda sirvió para su bautizo y sus primeros desarrollos. Entonces no tenía nombre y, los que iban de paso, señalaban el agreste terreno de matorrales y ranchos como “las tierras de los Cook”. Y sí, eran los dominios de Juan de Dios Cook y su familia, pero luego pasaron a ser propiedad pública. Entonces muchas familias poblaron el lugar y lo nombraron igual que la escuela, con el nombre del prócer venezolano que batalló en cuanta emancipación se le atravesó por el camino.

Miranda no es un barrio grande. Si acaso tendrá docenas de casas, todas ellas repletas de ancianos, niños y adolescentes. Pertenecen a la Comuna 4 y limita con Aranjuez, Campo Valdés, Moravia y el Jardín Botánico. Hasta hace unos años, Miranda era un barrio residencial, con unas pocas tiendas y una colección sin precedentes de perros callejeros. Era un barrio divertido que en los diciembre sonaba a salsa y vallenato; en los agosto brillaba en los múltiples colores de las cometas; y en los abril olía a hortensias bañadas en rocío.

Los perros se metían en todas las casas, eran las mascotas de todos aunque no tuvieran un techo fijo. Por Miranda pasaban bandadas de golondrinas y loros y pericos esculcaban en las copas de los cedros y los eucaliptos.

En esos tiempos, Diana Lucía Restrepo era una niña y no se perdía esos diciembre de amarrar cadenas y perseguir globos. Eran días felices hasta que, de un momento a otro, el barrio empezó a llenarse de talleres de mecánica, parqueaderos y empresas de reciclaje. Todo cambió, hasta el color de las tardes. Miranda se transformó en un

barrio gris, como la mismísima independencia lograda por el caraqueño que le dio el nombre.

Detrás de los talleres, garajes y empresas de reciclaje llegaron los jíbaros, las prostitutas, los moteles, la basura aglomerada en las esquinas y... la muerte.

Hasta los perros huyeron de Miranda cuando el ruido de los camiones y de las máquinas de soldadura reemplazó el canto de las golondrinas, que no volvieron para anunciar los aguaceros. Sin esa alerta, las quebradas La Bermejala y El Molino se dieron gusto inundando el barrio, y llevándose cada tanto, en su rabioso caudal, las pertenencias de sus habitantes.

“Parecía que el barrio estuviera maldito. No podíamos creer que nos pasaran tantas cosas malas al mismo tiempo”, dice Andrés Cañola, vecino de Miranda desde hace más de veinticinco años. Pero faltaba lo peor. Varios de los trabajadores de las empresas de reciclaje fueron acusados de violaciones de niñas y niños del sector; y los homicidios empezaron a registrarse con mayor frecuencia. Se formó un grupo de “limpieza social” que todas las noches sembraba el pánico en las angostas calles del barrio. Ellos controlaban las plazas de vicio y la prostitución, todo bajo la mirada complaciente de las autoridades.

Después, en respuesta, la ‘Oficina de Envigado’ formó el ‘Combo Miranda’ con jóvenes de Manrique, San Pablo, Santa Inés y Aranjuez. Ganaron la guerra y tomaron las riendas del barrio para continuar con la zozobra que ya venía imponiendo el grupo de “limpieza”.

Los nuevos “administradores” empezaron a cobrar vacunas a las pequeñas tiendas del barrio. Luego cobraron por la “seguridad”, casa por casa. Empezaron a reclutar niños para las plazas de vicio en las escuelas Francisco Miranda y Julio Arboleda, y fueron más

lejos, al enganchar niñas para prostituir las en las afueras del Jardín Botánico. Según la Secretaría de Educación, la deserción escolar alcanzó el treinta por ciento en ambas instituciones el año pasado.

Un infierno viven los habitantes de Miranda, un infierno sin puerta de salida, pensaría uno. Pero la verdad es que en Miranda siempre ha habido esperanza. Una esperanza con sonrisa de niños, sueños posibles y paraísos de colores.

En 1999, Diana Lucía Restrepo, quien para entonces estudiaba Fonoaudiología, decidió crear, junto a una amiga, el proyecto Antioquia Siglo XXI, una especie de escuela para niñas y niños basada en la pedagogía Waldorf, que creo el austriaco Rudolf Steiner, una idea que se apoya en la trinidad “espíritu, alma y cuerpo”. La cuerda les duró cuatro años y Diana se quedó otra vez sin saber qué hacer.

Las madres que habían “matriculado” a sus hijos en Antioquia Siglo XXI siguieron buscando a Diana para que se hiciera cargo de los niños. Entonces, en su propia casa, ella montó una guardería en la que puso a prueba sus conocimientos de la teoría Waldorf. No le importó que dicho sistema llevara el nombre de una marca de cigarrillos, como tampoco a las familias de Miranda les importaba que una de las escuelas del barrio llevara el nombre de un esclavista caucano del siglo XIX, Julio Arboleda.

Empezó con dos niños y al mes ya tenía seis. En menos de seis meses tenía veinte alumnos y comenzó a buscar certificaciones. También hizo planes para estudiar Licenciatura en Educación Básica Primaria, pero le hacía falta tiempo y dinero. Alguna vez en el Centro, mientras sacaba unas fotocopias en una papelería, conoció al decano de la Licenciatura en Educación de la María Cano.

“Todo parecía empujarme hacia el camino de la pedagogía infantil”, cuenta Diana Lucía, quien al cabo de unos cuantos años obtuvo su grado. En 2001 se dio el nacimiento oficial de la guardería. Diana la llamó Paraísos de Colores y las primeras clases las recibieron

los pequeños en el Jardín Botánico, gracias a su gestión y su idea de darle un toque ambientalista a sus lecciones.

Los niños, todos nacidos en el barrio Miranda, estaban felices aprendiendo entre flores, árboles y aves de todo tipo. Pero allí no concluyó la “locura” de la joven profesora. En alianza con el Jardín Botánico fundó el Festival de Poesía Infantil de Medellín, evento que hoy es internacional.

A la escuela empezaron a llegar niñas y niños de otros barrios; y también se sumaron nuevos profesores para enseñar arte, música y literatura. La ingeniosa Diana hacía de todo para motivar a sus alumnos, por ejemplo, visitas a escritores y sitios de interés histórico.

En 2003 creó el proyecto Emprendedores, con el que les enseñó a los niños a crear empresa bajo los parámetros de ahorro, autonomía y autogestión. La idea era que cada niño creara un negocio y con las ganancias, celebrar la culminación del quinto grado en la costa, ya que ninguno conocía el mar. Los pequeños vendieron empanadas, obleas, solteritas, manillas y se fueron para Coveñas en 2007.

Todo parecía genial: jugar en el mar, pasear por la playa y meter los pies desnudos en la arena. Pero los sueños agarraron vuelo y, en 2011, los nuevos alumnos de quinto le propusieron a la profesora ir a Florencia, Italia, para conocer las calles y los lugares por donde caminaron Leonardo, Miguel Ángel y Donatello, esos grandes artistas que aparecían en sus libros de historia. A Diana le pareció una locura, pero no quería interferir en los sueños de sus pupilos. Decidió dejarlos seguir con el proyecto sin decirles nada a los padres de familia. Los niños idearon un sistema de cartas enviadas semana a semana a diferentes empresas nacionales. Los que sabían dibujar las decoraban, los que mejor escribían, las redactaban; mientras otros buscaban en las páginas amarillas los teléfonos y las direcciones de las empresas.

Así trabajaron durante casi un año. Se acercaba la graduación de los pequeños y todavía no habían recibido respuesta. Pero ninguno perdió el ánimo, pese a que incluso el viaje a Cove-

ñas, como un sencillo plan b, estaba en veremos. Hasta que un día, antes de iniciar las clases, llegó una carta a Paraísos de Colores: “Señora Diana Lucía Restrepo, nos llegó una hermosa carta de sus alumnos, tan hermosa que nos tocó el corazón y nos ha obligado a realizar varias reuniones de junta. Hemos decidido cumplir el sueño de sus niños y enviarlos a Italia. Ya tenemos los tiquetes”.

El mensaje era escueto pero contundente. La alegría de Diana y de sus niños no cabía en sus cuerpos. Tenían al alcance uno de sus grandes sueños, pero cumplirlo no iba a ser tan fácil. Ahora debían sacar visas, algo que jamás habían pensado. Tenían que hablar con cada uno de los padres y conseguir con qué comer y dónde dormir en Italia.

Los padres, a regañadientes, aceptaron dejar ir a sus hijos. Luego, con más cartas, lograron que el Ministerio de Educación les ayudara a sacar las visas. Otra empresa, que también prefiere quedar en el anonimato, les entregó dinero para los gastos. Sí, parece increíble, pero doce niños de Miranda y su profesora conocieron la Florencia de Leonardo. Durmieron en conventos, en casas de familia, hicieron amigos y hasta aprendieron de ópera.

En el lodazal de Miranda habían germinado flores de Paraísos de Colores. Ahora, no todo en el barrio era tristeza y amargura.

En 2012, siguiendo el ejemplo de sus antecesores, otros niños decidieron que querían ir a la Nasa para ver cómo se viajaba al espacio. Otra vez las pilas de cartas volaron hacia todas partes del mundo. Otra vez las citas en el Ministerio y en la Secretaría de Educación. Otra vez a empujar el gran sueño.

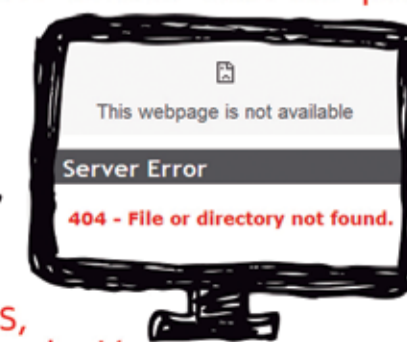
Fue más fácil. La científica colombiana Adriana Ocampo, directora de Proyectos de la Nasa, llamada ‘la novia de Juno’, se dio cuenta de la peculiar iniciativa y decidió poner su granito de arena. Les consiguió pasajes y estadía a los pequeños y se los llevó al Centro Espacial Kennedy, en Cabo Cañaveral, donde los alumnos conocieron lo que es un trasbordador y cómo se siente un astronauta allá afuera, en el espacio.

Nadie en Miranda podía creer que niños de una pequeña escuela hubieran logrado viajar a lugares tan lejanos, si en sus casas, a veces, ni siquiera había qué comer.

“Generamos un impacto social en Miranda. Con nuestros sueños, con nuestro emprendimiento, le dimos a entender a la comunidad que todo es posible. Que los sueños son posibles”, dice Diana, quien más que profesora es una acompañante de sus alumnos en el camino del aprendizaje. Hoy tiene 150 niños, ocho profesores y una larga lista de sueños por cumplir, por ejemplo, viajar a conocer a la autora de Harry Potter, o ir a Islandia para ver las auroras boreales. Paraísos de Colores, si se quiere, es un juego de niños, un juego que le dio esperanza a una comunidad que la había perdido en una maraña de concreto, grasa y basura. UC



¿Lo dejaron tirado con su página web?



Contáctenos, tenemos la solución

contacto@cohete.net

cohete.net, trabajando desde el 2000

Cheesecake

Kaldi Kaffe

Planetario de Medellín
entrada principal
Tel: 263 2511
Carlos E Restrepo calle 53 # 64A 31
tel: 260 1355
Panadería natural, cafés de origen

Deposición y diagnóstico

A principios de diciembre de hace unos años andaba yo preparando mi estómago paisa para recibir los excesos navideños. Para un antioqueño de pueblo, preparar el estómago es simplemente comer un poco más "paisaje" de lo habitual, limitar las carnes y las harinas a un par por día y no tomar cerveza de sobremesa. Eso ya es mucho sacrificio, aunque al resto del país no le parezca. Pues estaba yo en esas, cuidándome, cuando me desperté como cualquiera de tantas mañanas con ganas de ir al baño. Hice pereza un rato, le saqué el cuerpo a dar del cuerpo, di vueltas de aplazamiento en la cama hasta que la cagada fue inminente y no tuve más disculpas. Me paré, me senté, planeé el día, me limpié, me volví a parar y extendí la mano para dar de baja a mi bollo despertador y lanzarlo al río Magdalena, sin despedidas, como siempre. Pero algo inusual llamó mi atención. En el agua flotaba una variante blanca de mis despojos habituales, un cilindro oloroso pero incoloro que trataba de decirme una cosa que no supe interpretar en aquel momento. Lo miré, me hizo gracia, un bollo albino, qué raro. Me desperté siendo un alma pura, pensé. Sonreí solo, le maté el ojo al del espejo y vacié el tanque sin pensarlo más.

Lo de aquella mañana habría sido una anécdota íntima sin repercusiones, de no haberse repetido una y otra vez durante los siguientes cuatro días. El segundo me pareció gracioso, pero ya no me produjo una sonrisa. El tercero comenzó a preocuparme. Pero el cuarto ya me produjo tantos nervios que me obligó a contar. ¿Uno a quién le cuenta que los bollos le están saliendo albinos? A la familia, sin duda. Y si alguien tuvo la mala fortuna de ser el médico de la casa, pues a ese le tocó. Con seguridad están acostumbrados. Tomé el teléfono y abrí un chat con mi hermana menor, que para colmo es la más recatada de las dos que tengo. Se me ocurrieron muchos chistes escatológicos de los que me gusta hacerle para escandalizarla, pero mi ánimo jocoso duró poco. Inmediatamente le mencioné bollo blanco, me entró su llamada. Lo siguiente fue mi descripción obligada, seria, de las características de mis últimas deposiciones, seguida de muchas preguntas, algunas vergonzantes, con las que mi hermanita intentaba completar el cuadro clínico de lo que parecía ser una enfermedad gravísima cuyo principal síntoma de alarma eran mis bollos anormales. Tras el regaño por no haberle contado antes, la pequeña convertida en doctora me instó a consultar por urgencias.

El médico de urgencias me ordenó una larga lista de exámenes que debía hacerme de inmediato. Por primera vez en mi historia de paciente me remitieron sin esperas y entonces terminé de ponerme nervioso. La cosa

estaba grave. Supe que el síntoma se llama acolia, que es indicador de una obstrucción en las vías biliares y sus causas pueden ser varias, ninguna de ellas simple o inocua.

Durante la ecografía me presentaron cordialmente a mi nueva habitante: una masa de siete milímetros adherida al epigastrio, a la altura del páncreas, concomitante con las vías biliares, de origen, consistencia y naturaleza indeterminada. Paso a seguir: biopsia por laparoscopia. Antes que nada me senté en el confesionario del Doctor Google, leí todo lo que pude sobre la acolia y los bollos blancos. Luego, con las imágenes diagnósticas y las órdenes médicas desordenadas en un sobre de manila, excesivamente informado y aturrido con la probabilidad alta de un desenlace

quimioterapéutico, busqué a mi hermana para que me ayudara a pensar cómo dar la noticia a nuestros padres. Lloramos juntos encerrados hasta que nos cansamos. Entonces, sin miramientos y adherida al principio de realidad, ella me explicó todos los caminos posibles. Bajamos juntos a la sala en medio de una reunión familiar e hicimos el anuncio de la manera menos dramática posible. ¿Pero cómo dice uno que tiene una bola desconocida entre el hígado, el páncreas y el estómago sin sonar grave? Hubo llanto, abrazos, lamentos. Confirmé cuánto me querían. Fue lindo. Entonces me puse a hablar mierda, hicimos chistes, mamamos gallo y pretendimos que no era nada serio. Seguro que no. ¿Vos que siempre te has cuidado? Como si no supieran.

La laparoscopia estaba programada para el 27 de enero, dos días antes de mi cumpleaños. Tras la angustia de lo que habían sido mis posibles últimas navidades, menudo regalo de cumpleaños. Fue un mes y medio lleno de días largos, expresiones de cariño desbordadas y abrazos fuertes brindados por apenas conocidos, sin preámbulo ni anestesia. Mucha barbilla temblorosa de gente que no soportaba verme, despedidas veladas, miradas profundas de conmiseración. Todavía falta el diagnóstico definitivo, les decía yo para tranquilizarlos. Pero la atracción que sentimos hacia la tragedia es una fuerza indiscutible semejante a la de la gravedad. Todos esperábamos lo peor.

Por insistencia de mi hermana, la recatada, el 25 de enero me hice la últi-



por ANDRÉS MARCEL GIRALDO

Ilustración: Hernán Franco Higueta

ma ecografía con una vaca sagrada de la gastroenterología. Casi todos los síntomas habían desaparecido, sobre todo los bollos albinos, y ella insistía en corroborar mi estado tras un mes de llevar una dieta cuidadosa. A excepción de unos cólicos esporádicos, que no sabía si eran estrés *pre mortem* o mi intolerancia natural a la lactosa, yo me sentía divinamente. Un poco bajito de ánimo, debo reconocerlo, pero nada que no hubiera sentido antes. El médico prendió la pantalla, me puso esa gelatina fría en la barriga y comenzó a buscar el tumor bajo mis costillas. Me revolcó las entrañas, dio vueltas por mis oscuridades más recónditas y, de pronto, se detuvo. "¿Qué es lo que estamos buscando?". Yo le repetí: "Una masa adherida al epigastrio...". Puso boca de pescado, como quien no entiende. Me miró fijamente y me dijo: "Yo no veo nada. Usted está bien. Sin embargo venga miremos más".

Me dieron ganas de decirle que no buscara lo que no se nos había perdido, que dejara así, que ese diagnóstico me gustaba más que el primero. Pero entendí que a estas alturas no eran deseables las incertidumbres. Lo dejé que esculcara por todas partes, una y otra vez. Entonces me dijo: "Yo opino que la acolia pudo ser un cálculo biliar o una hepatitis". Ambas cosas podrían haber cerrado los conductos. Pero lo que haya sido, ya no está. Todo bien. Felicitaciones. Está al otro lado.

Un día te examinan y te dicen que estás en la plataforma de lanzamiento. Mes y medio más tarde, con otro examen, te devuelven a la vida. Así pasa. A veces. También han dejado aparatos olvidados en las barrigas. ¡Qué inseguridad! Pero de todo se aprende.

Entre los diversos acercamientos que he tenido con la muerte, lo cual incluye balceras, caídas tontas, accidentes en moto y en carro, rayos que entran por la nevera, aviones con turbinas incendiadas, intentos de ahogamiento y otros batacazos menos interesantes, la lección del bollo resultó ser la más ilustrativa. Aunque mi intención no es que un bollo raro los ponga nerviosos, debo decir que aprendí lo que importa un bollo. Sugiero nunca perderlos de vista ni menospreciarlos. Hay que tenerlos en cuenta, mirarlos siempre, saludarlos y despedirlos. Medirles la frecuencia, revisar color, olor, forma y consistencia, así sea de lejitos. Porque, aunque les suene feo, por sus bollos serán diagnosticados. Sé que prefieren no tocar el tema, pero debo decirles que tarde o temprano lo aceptarán: cagar es una parte muy importante de sus vidas. Y las características de un buen bollo son una fuente inagotable de información sobre la salud de sus cuerpos. Por eso, así como las prestidigitadoras leen las manos o el residuo del chocolate en los pocillos, es importante aprender a interpretar lo que sus bollos les dicen. Y a tiempo. Buen provecho. ☺

DEL MUSEO Y OTROS FANTASMAS

Al "Pelirrojo" le gusta estar en el auditorio del Museo. Muchas veces se le ve ahí, casi siempre en las noches, cuando pasa sin saludar a nadie. Es muy popular entre los empleados y algunos hablan como si lo conocieran de siempre. Quienes no lo han conocido en persona, saben quién es. Del "Pelirrojo" se ha dicho bastante en los pasillos, lo que nadie sabe con claridad es cuándo murió o por qué sigue caminando por ahí.

A veces entra en las oficinas. Abre las puertas y suenan sus pasos. ¿Un simple engaño de la mente de cualquier despistado que cree escucharlo? Quizá. Pero en una ocasión entró a la bodega y las dos personas que estaban allí se cruzaron la mirada, solo alcanzaron a decir, adivinando lo que cada uno pensaba: "Sí, yo también lo sentí".

Anécdotas de este tipo se encuentran por montones, es normal para un edificio de tantos años, porque

la actual sede del Museo de Antioquia fue construida en la década del treinta, gracias a un concurso público que buscó un diseño que reflejara una ciudad progresista. Durante su historia ha sido la sede del gobierno municipal, uno de los centros de telefonía de EPM, ha manejado parte de la semaforización de Medellín y, desde hace poco más de una década, nos acoge.

También tiene muchos mitos, rumores que han alimentado todo tipo de creencias en fantasmas y espíritus: que fuimos la morgue de la Secretaría de Tránsito, que aquí se entregaban los ataúdes para las personas más pobres de la ciudad y que tuvimos un centro de salud. De hecho, hay quienes han visto un misterioso médico caminar en los pasillos y desaparecer en el baño.

¿Quieren conocer más de estas historias? Los invitamos durante todo el mes de octubre a visitar la página web y las redes sociales del Museo.

MUSEO DE ANTIOQUIA

www.museodeantioquia.co

@museodeantioquia
@museodeantioquia



Facilitando el acceso
a los servicios públicos,
innovamos al servicio de la gente

epm®



Oscar Jaramillo

Sin título

Lápiz con trementina sobre papel

70 x 50 cm

1975



SIN NOVEDAD EN EL FRENTE

por JUAN CARLOS ORREGO

Para que un escritor supere la prueba del tiempo y alcance la santidad de ser clásico no es suficiente que sus libros sean obras maestras. También es necesario haber sido tocado por algún misterio y, como Shakespeare, tener reputación de fantasma; o haber perdido un brazo en la guerra, como Cervantes. Del gran Rubén Darío, pontífice de la iglesia poética hace un siglo, ya nadie parece acordarse; a fin de cuentas, todos sus misterios personales se reducen a que fue presumido y borracho.

Menos memoria se tiene aún —si es que se tiene alguna— de Erich Maria Remarque, escritor alemán nacido en 1898 y muerto en 1970, autor de una de las novelas más vigorosas y escépticas sobre la centenario Primera Guerra Mundial: *Sin novedad en el frente* (*Im Westen nicht Neues*), publicada en 1929. Del éxito del libro habla claramente no solo el que se hubiera vendido casi medio millón de ejemplares en menos de tres meses, o que se hubiera traducido a 26 idiomas el mismo año de la publicación: también es significativo que Gabriel García Márquez incluyera el chisme sobre ese boom en *El amor en los tiempos del cólera*. En efecto, el doctor Juvenal Urbino y su esposa, Fermina Daza, van al cine para ver la versión filmada de *Sin novedad en el frente*, dirigida por Lewis Milestone y estrenada en 1930; cuenta el narrador: “Vieron una película basada en un libro que había estado de moda el año anterior, y que el doctor Urbino había leído con el corazón desolado por la barbarie de la guerra: *Sin novedad en el frente*”.

La novela de Remarque está compuesta por los apuntes del diario de Paul Bäumer, un bachiller enrolado en el ejército alemán a los dieciocho años, y muerto un par de años después, en 1918, cuando la guerra tocaba su fin.

Precisamente, la noticia sobre su deceso es el único pasaje que no pertenece al diario, y que acaso fue consignada en su colofón —como suele suceder— por obra de algún editor compasivo: “Cayó en octubre de 1918, un día tan tranquilo, tan quieto en todos los sectores, que el comunicado oficial se limitó a la frase: ‘Sin novedad en el frente’. Había caído boca abajo y quedó, como dormido, sobre la tierra. Al darle la vuelta pudieron darse cuenta de que no había sufrido mucho. Su rostro tenía una expresión tan serena que parecía estar contento de haber terminado así”. Salvo este fatal desenlace, las experiencias de Bäumer se nutren de la propia biografía de Remarque, quien peleó en la guerra durante el mismo periodo; de hecho, el escritor, llamado realmente Erich Paul Remark, legó su nombre al protagonista.

Los apuntes de Bäumer dejan ver lo único que puede distinguirse entre el humo y los gritos de la guerra: desesperanza. La tesis que palpita bajo el zurcido de sucesos cruentos y anécdotas bufas que componen el argumento se resume en que, para un joven puesto en combate cuando su vida apenas iba a definirse, no hay más realidad que la de los gestos primitivos de respirar, comer y defecar; y en el improbable caso de que se sobreviviera, la expectativa no podría ser otra, pues quien se inició como hombre en medio la guerra no cuenta con la ilusión de retomar, alguna vez, una vida de tintorero, agricultor o padre de familia que le permita engancharse nuevamente en la cotidianidad. Bäumer es claro a propósito de su nulo provenir: “¿Qué esperan de nosotros cuando la guerra haya terminado? Durante años enteros, nuestra ocupación ha sido matar; ha sido el primer oficio de nuestra vida. Nuestro conocimiento de la vida

se reduce a la muerte. ¿Qué puede, pues, suceder después de esto? ¿Qué podrán hacer de nosotros?”.

Lo peor de la guerra va desgarrándose, sin pudor alguno, en los párrafos del joven soldado. De entrada sabemos que, cuando un hombre agoniza en el hospital militar sin una pierna y con las manos azules, sus mejores amigos lo visitan con la esperanza de heredar sus botas. Luego se tienen las primeras noticias del frente, donde la tierra es percibida como madre no por el influjo de ninguna cosmovisión romántica, sino porque ofrece el vientre abierto de la trinchera para preservar la vida. En medio del combate, y como en la peor versión de una noche pintada por Van Gogh, el espacio se llena con los estallidos multicolores de todas las municiones imaginables; allí, un joven imberbe —para quien Bäumer ya es veterano— puede sentirse orgulloso de salvar la vida al precio de cagar-se en los pantalones. En otra escena, los soldados heridos se arrastran entre los despojos podridos de un cementerio bombardeado; más allá, una explosión deja cadáveres mutilados colgando de los árboles; como frutos picoteados por los pájaros; en otro lugar, un cuerpo impulsado por el miedo corre a campo traviesa sin importar que no lleve cabeza; en alguna parte, los caballos agonizantes se quejan con ruidos de averno. Incluso cuando no se está en el frente continúa el horror: de nuevo en casa, de permiso, Bäumer encuentra a su familia agonizando de hambre, a su madre sentenciada por el cáncer y, sobre todo, descubre que toda su conciencia se agota en el sufrimiento. En la víspera de volver al regimiento, el soldado escritor consigna la única conclusión posible: “No debí venir”.

Al combatiente solo le queda el recurso de distraer su vida con las ganderías en medio de las cuales se satisfacen los apremios animales: conversar con los compañeros de armas mientras se des cansa en la letrina, todos con un cigarrillo en la boca; cruzar la línea de fuego solo para atrapar un pato que pueda alegrar el almuerzo; colarse en una casa a punto de venirse a pique y preparar, en medio de la metralla, un buen asado; poner trampas a las ratas que siguen los pasos del convoy militar, cebadas con su rastro de sangre. Lo mejor de todo es, sin duda, acostarse con las mujeres enemigas; la madre de Bäumer, temerosa de que su hijo se entregue sin mesura a la lujuria, antes de su nueva partida lo advierte contra aquello que, a su juicio, es la mayor amenaza que pende sobre la cabeza del hijo: “Ten cuidado con las mujeres francesas. Son malas”. La vieja no desmiente la proverbial intuición materna: para entonces, Bäumer había llegado a perder la cabeza, incluso, por una actriz estampada en un afiche.

En 1979 se estrenó una segunda versión cinematográfica de *Sin novedad en el frente*, dirigida por Delbert Mann. En ella se atribuye al protagonista un rasgo que jamás pasó por la cabeza de Remarque: la afición por el dibujo de aves. De hecho, la muerte de este nuevo Bäumer sobreviene por esa razón: abstraído con la visión de un pajarillo sobre un cable telegráfico, saca la cabeza de la trinchera para captar mejor los contornos del minúsculo modelo, de modo que una bala disparada desde el lado enemigo revienta contra su testuz. Sin embargo, ese alarde de bucolismo no era necesario para hacer más siniestro, por irónico, el final de la historia: ya era suficiente con decir —como hizo Remarque desde el principio— que se había tratado de un día tranquilo en medio del infierno. ☪



Desplazados en el Alto Baudó

Fotografías: Stephen Ferry

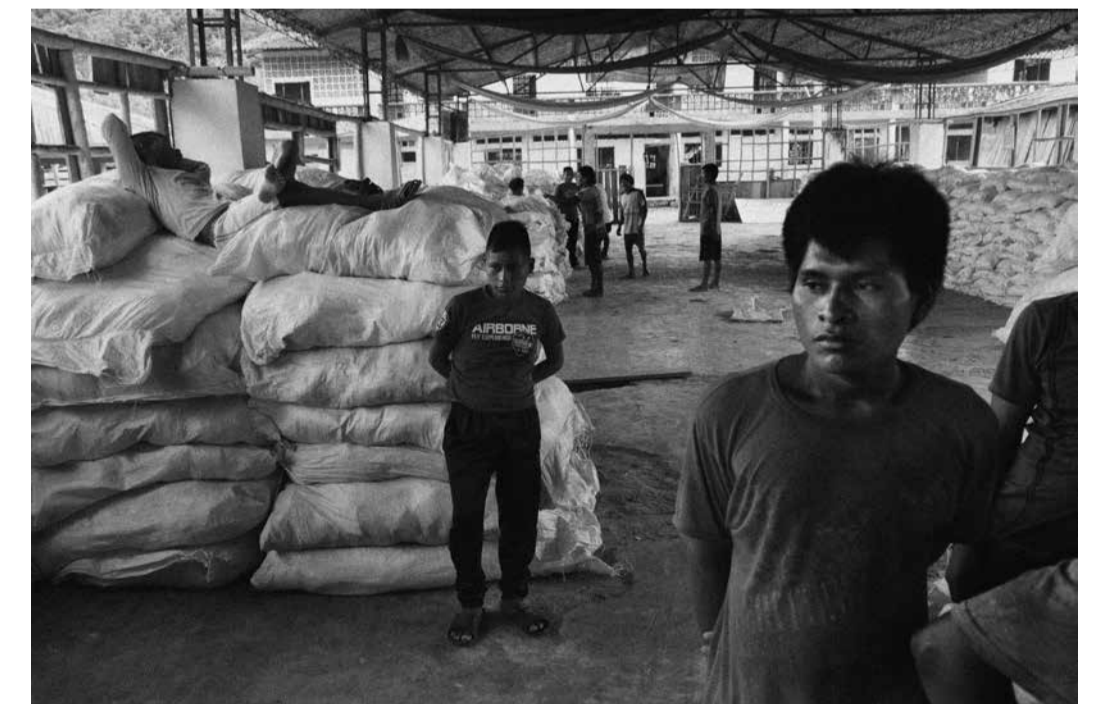
texto Alexandra McNichols

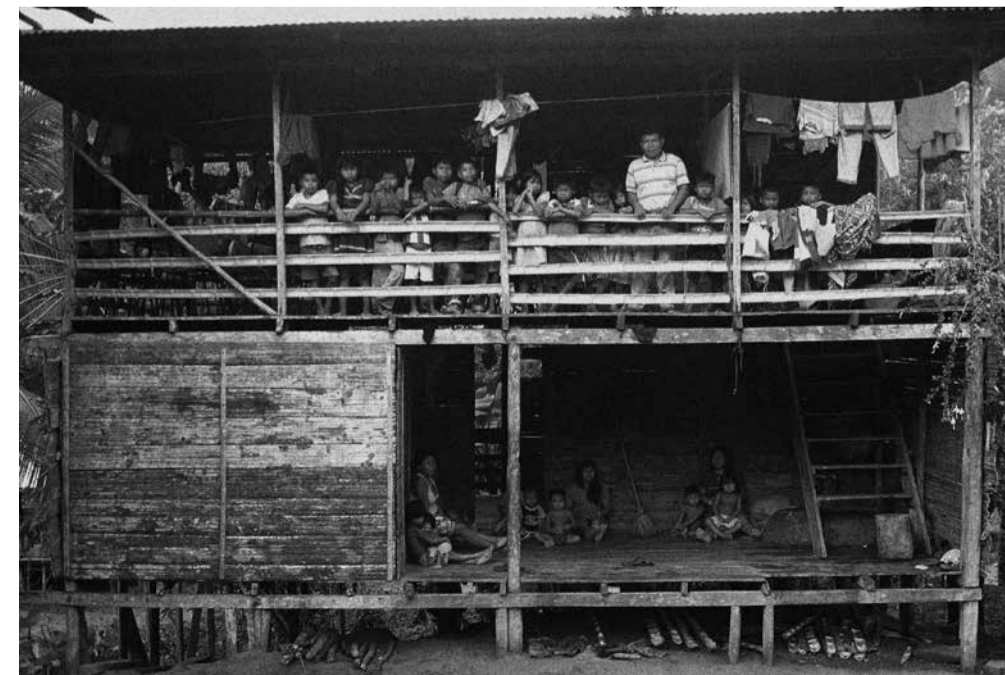
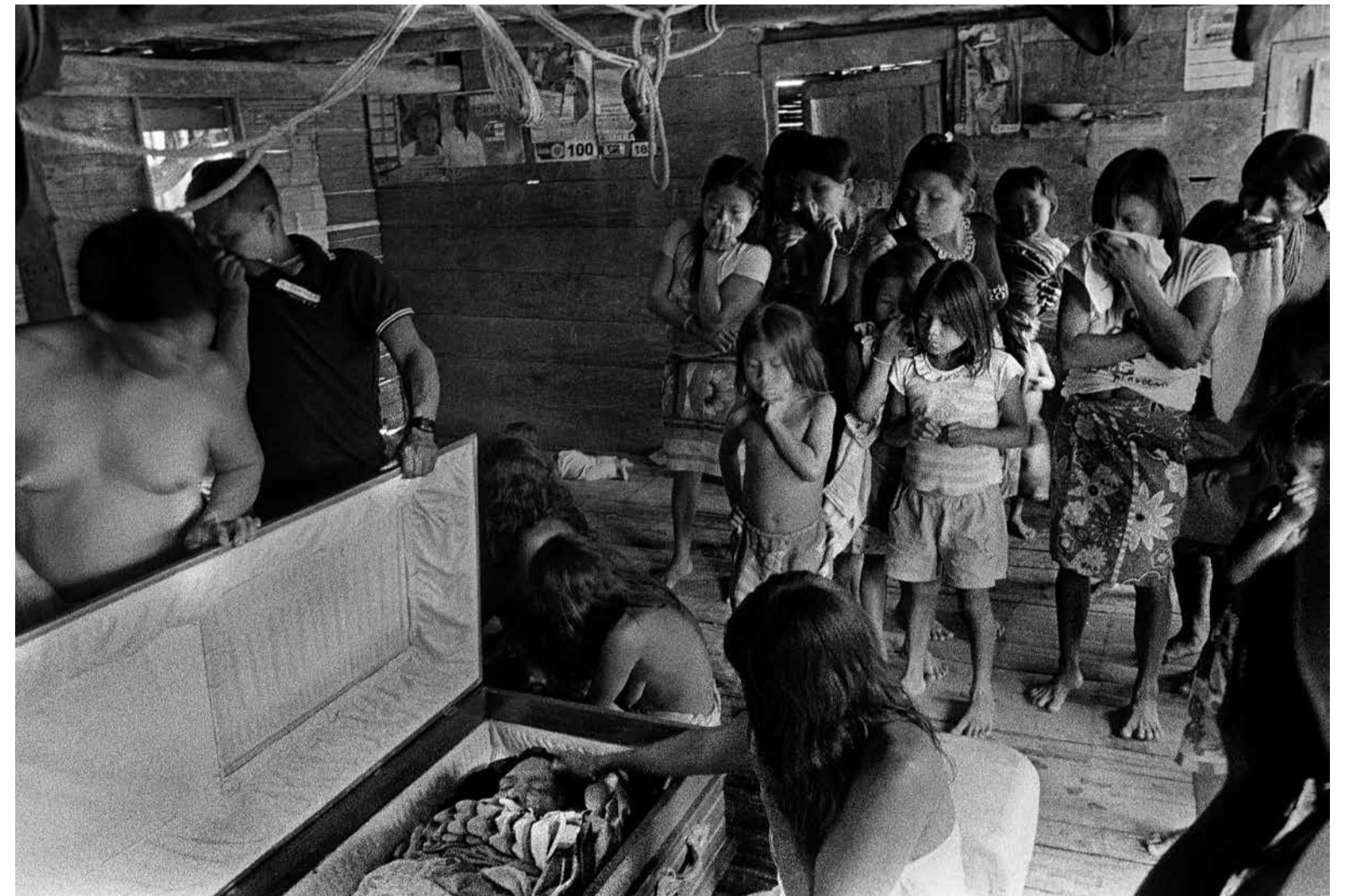
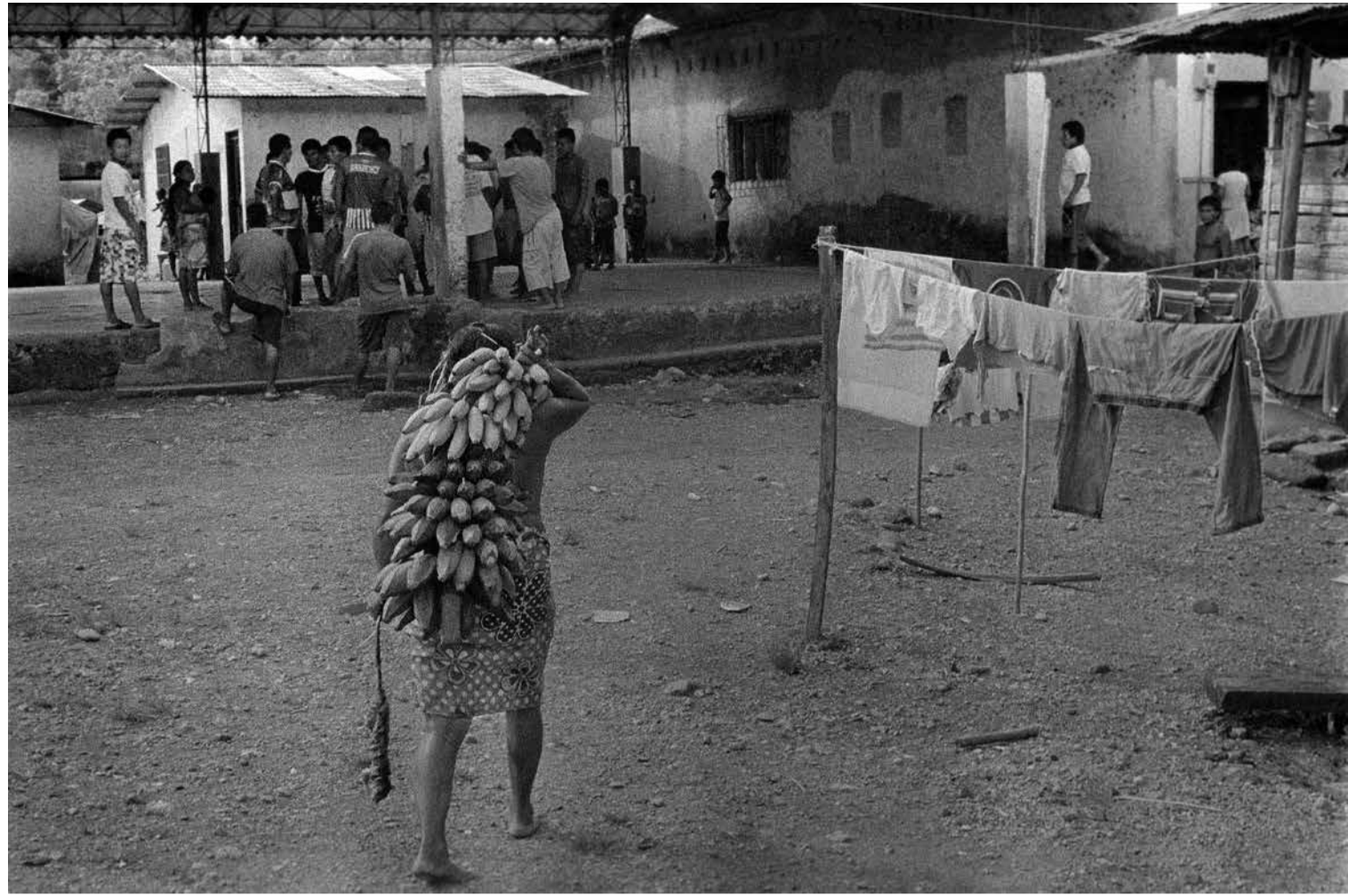
Desde hace cinco meses, 2.778 Emberá Dóbida y Katío permanecen confinados y desplazados en el Alto Baudó, Chocó. Los Emberá refugiados en las villas de Santa Cecilia de Catrú y Puesto Indio viven una crisis humanitaria. Huyeron de sus tierras por los combates entre el ELN y las Autodefensas Gaitanistas (Urabeños). No pueden regresar a sus tierras por las minas antipersona que dejaron sembradas los guerrilleros del ELN y por miedo a los actores armados ilegales en su territorio.

De acuerdo con testigos, el 5 de mayo de 2014 doscientos hombres armados llegaron desde Santa Catalina de Catrú hasta un lugar cerca de Nuquí, donde no había presencia militar. A su paso por las comunidades indígenas retuvieron a los Emberá, los utilizaron como guías y luego los liberaron.

El 19 de mayo, camino al río Anguapiragua, donde habitan hombres y mujeres de la comunidad indígena de Cañandó, murió Mauricio Pedrosó Chamorro, víctima de una mina *quiebrapatas*, lo que produjo pánico entre las 27 comunidades Emberá que se desplazaron a Catrú.

*Las fotografías de este reportaje fueron tomadas en agosto de 2014. ☪





¡Ay qué Laureles!

por RUBÉN VÉLEZ

De la carrera 74 a la eternidad

Yo tendría unos seis años. En la sala de velación yacía el cadáver de Beto, un vecino de mi edad que estaba dotado de resortes. No recuerdo si me puse triste o trascendental. Mientras jugábamos a las escondidas, cayó de bruces sobre una de las estacas de la verja de su casa, y enseguida se desangró. Se escondió para siempre. Beto, campeón precoz de salto mortal: en un santiamén pasó del todo a la nada. ¿O viceversa? Propongo la más trascendental de las cuestiones para que no salten de la indignación los lectores dotados de fe.

(La tienda de la esquina. Todavía existe. Tienda y cantina. Y la otra casa del intelectual de la cuadra. En sus paredes se manifestaba nuestra incipiente sociedad de consumo. “Mejor mejora Mejoral”. “Su fama vuela de boca en boca”. “La chispa de la vida”. Se llamaba y se llama Los Chalets. Su atmósfera debía de contener un elemento extraterrestre: ahí no había peleas).



Manifiesto mediocre contra la mediocridad

Así debió ser el barrio Laureles. No era pedir la luna, y, sin embargo, ese proyecto se realizó a medias. ¿Por qué nos gustará tanto la mediocridad? ¿Consideramos que los mundos bien hechos son aburridos? Digámonos, para consolarnos (para seguir siendo mediocres), que en Suiza nos moriríamos de la depresión.

(Por el camino de la mediocridad. No se sabe con certeza quién ha sido el señor del señorito del cuento, si el cuadrúpedo o el cuaderno. “Ningún criado puede servir a dos amos”. No hay día en que el primero no lo apremie a salir, y no hay día en que el segundo no lo apremie a quedarse. Pese a la advertencia bíblica, él se ha preocupado por satisfacer a los dos. Y los ha satisfecho, pero a medias).

Esa bendita pared

No lamento la desaparición de esa casa. A este ocioso, un viernes cualquiera, se le podría ocurrir arrimarse a la pared donde un laborioso progenitor, cada seis meses, señalaba los cambios de estatura de su prole (menos mal que se cansó de esa manía muchos años antes de que su sexto retoño empezara a arrastrarse). Veamos, pues, si este muchacho ha crecido; si los vicios de la lectura y la escritura le han servido para algo... Pared con pretensiones de paredón: no sabe si echarse a llorar o dar señales de ruina.

(Laureles, qué mundo más pobre para un poeta. Sin fantasmas. Sin laberintos. Sin leyendas. Sin ruinas. Sin callejones sin salida. Con cientos de hogares dulces. Barrio decente que embarra la posibilidad del Libro. ¿Cómo me las voy a arreglar para volverlo novelesco? ¿Tendré que poblarlo de balas perdidas, padres de familia de doble vida y uno que otro ascensor con sorpresa?).



Balcón con ángel de la guarda

Esa casa de la carrera 74, donde pasé parte de mi infancia, ya no existe. En su lugar se levanta uno de los edificios más feos de Laureles (otro arquitecto que no entendió bien el significado de la palabra arquitectura). Ya no está, pero su sombra se me aparece cuando avanzo por esa vía en dirección a un sauna, que los viernes, en vez de una toalla, te proporciona un preservativo (¿qué decir del marica prevenido? ¿También vale por dos hombres?). Si a la criatura de seis años que se ha asomado a ese balcón le proyectaran las escenas equis de su film del futuro, ¿cuál sería su reacción? ¿Se arrojaría al vacío? No seamos dramáticos. El niño Rubén, que se prepara para recibir la Primera Comunión, se diría, un tris trastornado, que se enfrenta a una treta del demonio, y se echaría la bendición y correría a ponerse la bata de seminarista que heredó de su padre.

(No había edificios. Sólo casas de uno y dos pisos que carecían de un estilo claro, precisable. Algunas eran bonitas. ¿Cuáles debieron salvarse del progreso? ¿El Jardín del Arte y La Casa del Millón? De la primera, me gustaba su piscina; y de la segunda, el tema de bronce que exornaba y asfixiaba su entrada, una cuadría que me recordaba a Ben-Hur. A Charlton Heston, uno de los perturbadores de cabecera del señorito Ruh-Ben. Esa, la hollywoodense, fue la única construcción de Laureles que pasó a la historia. ¡Un millón de pesos! En 1961, cuando fue construida, eso era un montón de plata. Por haber costado tanto era el principal atractivo turístico del barrio. ¿Una casa de un millón? No puede ser, ver para creer. Medio Medellín sacó tiempo para admirar ese portento de la arquitectura moderna. Sin suspicacias, sin malos pensamientos, pues en esa época nuestros nuevos ricos no olían a gato encerrado. Todavía éramos ajenos al loco y desquiciador negocio de la coca. Hasta Elvira y Bernarda sacaron tiempo para mirar y admirar ese monumento al mal gusto, ese disgusto monumental para la estética. Seamos justos: la casa millonaria era un hito del nuevorriquismo, de la Colombia más viva, la que no se duerme en los laureles. Casa precursora, casa profética. Veinte años antes de que esta ciudad empezara a llenarse de nuevos ricos de gusto discutible —esos sí de ética raquítica—, ya contábamos con una propiedad que hablaba apropiadamente de ellos. Fue demolida en el año de 1999. Un mito menos. Como soy poeta, me toca lamentar su pérdida).

Bernarda Zapata Ortiz

Las máquinas más eficientes de esa casa éramos la nevera y yo. La primera, sobra decirlo, funcionaba a todas horas. La segunda descansaba los domingos. Mis sitios de dignificación fueron la cocina, el lavadero y la mesa de planchar. El primero de julio de 1978, mientras enjabonaba una camisa de seda, mi motor se detuvo de repente. La máquina en cuestión tenía cuarenta y seis años.



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

ENCUENTRO CON GROUCHO

Revisando papeles me topé, y traduzco para mis tres lectores de UC, esta *delikatessen* de Jaguar, humorista y caricaturista brasileño, integrante de la mítica *Pasquim*, revista de humor en los tiempos del cólera. Después que el bar cerró me fui a casa, tambaleándome por el atajo del parque, y entonces vi la lata, que brillaba a la luz de la luna. Cogí la lata y la destapé. Una niebla azulada y cintilante creció frente a mis ojos. Desde la niebla la voz tronante del genio me dijo que tenía derecho a un deseo.

“Un momento”, reclamé, “¿no son tres deseos?”
“Estamos en el Brasil”, me cortó, como si eso lo explicara todo. “Lo tomas o lo dejas. Y rápido; después de estar preso por siglos en esta lata oxidada, tengo un montón de cosas para hacer”.

Pensé en un camión lleno de dinero, pero el tipo no me parecía confiable. ¿Y si me daba la pasta en cruzados?

“Quiero ser el mayor humorista del mundo”, decidí.
¡Puff! Groucho Marx se materializó a dos pasos de mí, y empezó a andar con ese inconfundible modo suyo, medio agachado, con su bigote pintado de negro, arqueando y bajando las cejas, soltando humaradas del cigarro.
“¡Eh!”, grité al fondo de la lata. “¡Dije que quería ser, no ver al mayor humorista del mundo!”

“¿Quién te mandó a beber demasiado? ¿Y a hablar con voz de estropajo? Entendí ver. ¡Ahora arréglatelas como puedas!”

Apenas si alcancé a oírlo, el genio ya iba lejos. Groucho me miró con disgusto: “Debían haber mandado a W. C. Fields en mi lugar. También él bebía como una cuba, y su nariz era tan roja como la tuya”.

Intenté mirar el asunto desde el lado positivo. Muy bien, no me hice millonario, y nunca seré el mayor humorista del mundo, pero tener una charla con Groucho en una madrugada ya es algo. Le pregunté cómo habían empezado los Hermanos Marx.

“Éramos cantantes, de un amateurismo total. El nombre del grupo era Los Cuatro Ruiseñores”.

“Háblame de tu primer éxito en el show business”.
“Era un numerito llamado Fun in HighSchool. Yo hacía de profesor, y Harpo (todavía no era mudo) de alumno. Yo le preguntaba: ‘¿Cuál es la forma de la Tierra?’ Él respondía: ‘No sé’. Yo entonces intentaba ayudarlo: ‘¿Cuál es la forma de mis botones?’ Y él: ‘Cuadrada’. ‘No estos, sino los que uso los domingos’. Y él: ‘Ah, esos son redondos’. Yo volvía a la pregunta inicial: ‘Muy bien, dime ahora cuál es la forma de la Tierra’. Harpo respondía: ‘Cuadrada durante la semana y redonda los domingos’. El público se moría de la risa”.

Cuando paré de reír, Groucho agregó:
“En 1915 hicimos un programa doble con Sarah Bernhardt en el Palace. Ya ella estaba vieja, y sólo tenía una pierna”.

Se fue volviendo transparente, y desapareció. Me quedé parado en mitad del parque, con la lata en la mano, y después me fui a casa.

La lata está hasta hoy en mi mesa, sirviendo de portalápices.
(El texto aparece en un librito con título nerudiano, *Confesso que bebi*, sin versión en español).

CODA-POEMA

Diálogo en la comisaría
— ¿De qué murió?
— De vejez galopante, señor comisario.
— ¿Y sus cenizas?
— Olvido, polvo al viento.
— ¿Dejó algún epitafio?
— Sí, que alguna vez fue joven.
— Póngame eso por escrito. UC



Estos textos sobre Laureles son tomados del libro *Niño de buena ortografía mata a su hada madrina* de Rubén Vélez. Sílabas Editores. 2014.



CIRUGÍA CON LÁSER

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

Clinica SOMA • Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

¿Guana guaiser, güero?

por JOSEPH AVSKI

Fotografías: Alex Garza - José Castillo

Llegué a las ciudades hermanas de Bryan y College Station en el verano de 2009, después de haber manejado un camión rentado durante más de mil cien kilómetros. Había atravesado el Estado de Texas de occidente a oriente, en dirección contraria al recorrido del sol y siguiendo la trayectoria de las estrellas de la esfera celeste. Un recorrido retrógrado, desde el punto de vista astronómico. En realidad, mi vida en Bryan y College Station resultó ser un viaje por el sueño y la pesadilla americana.

Llegué a Bryan a cursar un doctorado en *Hispanic Studies* en la Universidad de Texas A&M. Aunque la universidad quedaba en College Station, un amigo me había dicho que era más barato vivir en Bryan. Después de todo, ambas ciudades estaban unidas hasta el punto de que no se podía distinguir dónde empezaba una y dónde terminaba la otra. Sin embargo, muy rápido me di cuenta de que vivía aislado del mundo universitario al que iba a pertenecer por cinco años. La vecindad de mi apartamento en el 725 de la calle Pepper Tree no lucía como ninguno de los barrios que rodeaban la universidad. Mi casa estaba en el gueto.

Yo era el único universitario en el barrio, en una de las zonas con mayor nivel educativo del país. De los poco más de 176 mil habitantes que suman entre Bryan y College Station, unos setenta mil, casi el cuarenta por ciento, son profesores o alumnos. College Station tiene cien mil personas, casi el ochenta por ciento de las cuales son blancas. Bryan, en cambio, tiene 76 mil personas, y menos del cincuenta por ciento de ellas son blancas. ¿Alguna relación entre el color de la piel y el acceso a la educación? A mi alrededor solo había gente educada por Telemundo, las versiones para negros gringos de *Laura en América*, *Univisión Noticias* y *Fox News*. A solo tres kilómetros estaba

la promesa de la inclusión: una de las universidades más ricas del mundo, con un presupuesto anual ocho veces mayor que el de todo el departamento de Antioquia, diez premios Nobel en diferentes disciplinas, y el compromiso de formar líderes y científicos para hacer del mundo un lugar mejor. Sin embargo, mis vecinos habían sido engañados por ese mismo sistema educativo que en lugar de brindarles un lugar mejor los había llevado a una especie de desierto. No nos engañemos, la gente va a la universidad mucho más a perpetuar el orden del mundo que a cambiarlo. El éxito de una universidad se mide más por el número de gerentes que posee en grandes compañías que por el número de transformadores que ponga en las calles. Ese gran símbolo del sueño americano que es Texas A&M estaba más cerca para un colombiano de clase media que para ellos que habían nacido y crecido a solo unos pasos.

Los bares, los restaurantes, los hoteles y las tiendas, desde luego, estaban principalmente en College Station, la zona universitaria. En el gueto no había nada más que una estación de gasolina con su respectivo minimarket, atendido por un hindú, y el bar The Cowboy. No tener un bar cerca es una de las principales tragedias para una persona como yo. Desde luego, The Cowboy no tenía nada que ver con los bares universitarios de la zona de Northgate, ni con los bares alternativos (y en últimas también universitarios) del centro de Bryan. Aquí no había nada de las rubias con pantalones cortos de jean, culo perfecto y botas tejadas. Nada de los rubicicots con camisa a cuadros, cinturón con hebilla grande y botas de cuero; ni los yupis de bermuda, peinado de Ken y camiseta de Ralph Laurent. Los comensales del The Cowboy tenían el cuello quemado por el sol, las manos gruesas del trabajo en la construcción, la cara cansada por las tareas repetitivas de la manufactura y el olor agrio del sudor acumulado.

En ese barrio duré los dos primeros años de mi doctorado y, aunque la mayoría de mi vida social la hice con gente de la universidad, aún recuerdo algunos vecinos. Diagonal a mi apartamento vivía Jesús, un mexicano al que le calculo entre cuarenta y cincuenta años: bajito, moreno, bonachón. De mis vecinos de la época, Jesús fue con quien más compartí.

Por las tardes, cuando volvía de la universidad, lo encontraba sentado junto a la puerta de su casa con una Budweiser en la mano. “¿Guana guaiser, güero?”, me preguntó una tarde. “Claro que sí”, le respondí de inmediato. “¿quién soy yo para decirle que no a una cerveza?”. Se sorprendió con mi respuesta pero me entregó una lata fría y empezamos a hablar. Al poco rato llegó un amigo suyo que desde la distancia le preguntó: “¿Y ese güero? No mames, a poco ya sabes hablar inglés, pinche Jesús?”. “No mames cabrón que este ‘palillo’ habla español mejor que tú”, respondió Jesús. Palillo es como llaman los mexicanos en Texas a los blancos. Me llevó algún tiempo vencerlos de que no era gringo sino colombiano; por fin me relacionaron con el Pibe Valderrama, y desde entonces me llamaron Pibe.

Jesús había cruzado la frontera cerca a Río Grande (Texas) ocho años atrás. Su mujer y sus dos hijas aún vivían en Guanajuato y no las veía desde entonces. La mayor tenía doce años y la más pequeña nueve, aunque las fotografías que cargaba en su billetera debían estar desactualizadas. En una de nuestras primeras conversaciones le pregunté si hablaba por Skype con su familia y me dijo que no sabía qué era eso. Lo llevé a mi apartamento y le mostré. Le encantó. Días después le ayudé a cotizar un computador para él y uno para su esposa, mensualidad de internet, etc. Le pareció razonable y me pidió que lo acompañara el fin de semana a hacer la compra. “Tengo una plata ahorrada”, me aclaró.

Días después me dijo que no iba a comprar el computador porque había decidido irse a pasar navidad en México. Había ahorrado por seis años para poder ir y ese gasto lo haría posponer su viaje por un año más. Solo pagar un coyote que lo volviera a entrar al país le costaba cuarenta mil dólares, me explicó. Mientras las compañías estadounidenses que ofrecen servicios en México pueden cruzar la frontera sin problema, Jesús no puede hacer lo mismo para venir a ofrecer sus servicios aquí. Nada tiene de libre el tratado de comercio entre México y Estados Unidos para gente como Jesús.

En diciembre de 2010 se fue para México y nunca volvió. Quiero pensar que no pudo renunciar a su familia otra vez y decidió quedarse; y no que murió cruzando la frontera, como tantos mueren cada año, engañados por la política migratoria y las estructuras sociales.

No todos los excluidos eran mexicanos o negros. El asunto no se puede reducir a una simplificación racial. Mi vecino del lado izquierdo parecía un extra de *American History X*. Tenía una suástica tatuada en cada codo, otra más envuelta en unas enredaderas del lado izquierdo del pecho, y en la espalda tenía una cruz celta de la cual salían alas. Con frecuencia me decía que yo era el único vecino con el que podía hablar porque todos los demás eran negros y latinos. “Yo también soy latino”, le dije varias veces y siempre me respondió: “No es lo mismo”. Jake no trabajaba, o, como él decía, estaba “between jobs”. Tampoco salía mucho de su casa, excepto para fumar recostado en el lindel de la puerta. En realidad sospecho que había salido de la cárcel y que probablemente había pertenecido a Aryan Brotherhood, la organización criminal más grande de los Estados Unidos, construida alrededor de un discurso cristiano de supremacía racial y mierdas por el estilo.

*La tempestad bendijo mis desvelos marítimos,
más liviano que un corcho dancé sobre las olas
llamadas eternas arrolladoras de víctimas,
¡diez noches, sin extrañar el ojo idiota de los faros!*
Arthur Rimbaud



ITM
Institución Universitaria

Inscripciones del 1 de octubre al 18 de noviembre

23 Programas de Pregrado
2 Especializaciones
5 Maestrías

Educación de alta calidad para el desarrollo de la Región y del País

www.itm.edu.co

el Alemán Pues
— Restaurante & Cervecería —

Oktoberfest

Octubre 23 al 26

El Poblado Cra. 43B No. 11-76 Manila, teléfono: 268 4420

El Túnel
Café y Cocina

Lunes - Sábado
12:00 m. a 10:00 p.m.
Cra 42 #54-62
Teléfono: 2396536

Tenía un ojo blanco y muerto,
peroraba desde un atril en el Parque Bolívar.
Fue un loco ilustre de la villa, liberal y cristero.
Un político siempre en el partido equivocado.
Siempre en la oposición.

‘El Tuerto’ Echeverri

Un radical sin olimpo

por CARLOS BUENO OSORIO

Ilustración: Alejandra Congote

En febrero de 1863, en Rionegro, los expresidentes José Hilario López, Francisco Javier Zaldúa, Aquileo Parra y Rafael Núñez, acompañados de los constituyentes Salvador Camacho Roldán y Camilo Antonio Echeverri, entre otros, tomaron las mayores precauciones para salvar su integridad por las amenazas de fusilamiento del siempre iracundo Tomás Cipriano de Mosquera. Las ideas de reforma constitucional que aquellos promovían eran un peligro para aquel ‘Mascachochas’, amo de turno. Estaban redactando la Constitución de 1863, la más liberal de cuantas han regido en nuestro país.

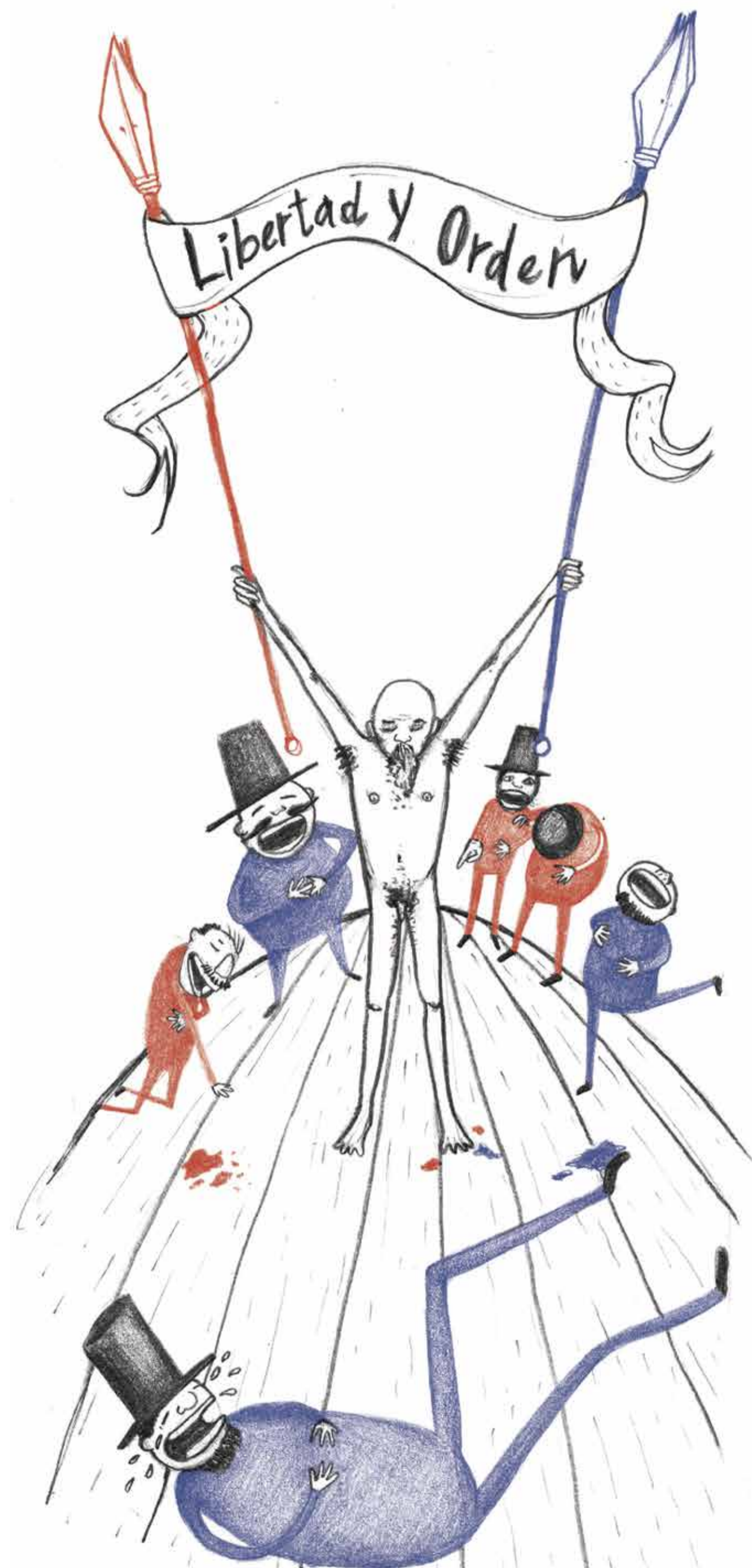
En su artículo 15 se daba el reconocimiento por parte del gobierno central, y de los gobiernos de cada uno de los Estados, de los derechos individuales de los habitantes y transeúntes en los Estados Unidos de Colombia, a saber: la libertad absoluta de imprenta y de circulación de los impresos; la libertad de expresar sus pensamientos de palabra o por escrito sin limitación alguna. Detrás de estas audaces tesis constitucionales estaba Camilo Antonio Echeverri.

‘El Tuerto’ Echeverri fue periodista —todo intelectual en el siglo XIX tenía que serlo—, filósofo y pensador. La antítesis de la llamada antioqueñidad. Como señala la historiadora María Teresa Uribe, fue la negación de los valores de la raza, la otra orilla de la mentalidad pragmática y calculadora que distinguió a sus coetáneos en el contexto de la república recién nacida. Oveja negra de una familia de comerciantes y banqueros, escandalizó a las gentes buenas y cristianas de misa de cinco con su bohemia de trasnochador impenitente y de jugador empedernido, fustigó a sus conciudadanos con su palabra punzante y mordaz, descubrió sin el más mínimo asomo de pudor las lacras y los vicios

ocultos de una sociedad pacata, y con el mismo rigor con que juzgó a sus paisanos, se miró a sí mismo en una *Autofotografía moral* donde expuso a la mirada de sus enemigos las entretelas de su vida y su pensamiento.

Echeverri se distinguía por su fogaosidad de palabra y obra, no conocía los límites entre las diferentes disciplinas, era una especie de todero ilustre según las palabras que le dedicó Salvador Camacho Roldán en sus memorias: “Desgraciadamente, tenía en su organización un exceso de vitalidad, defecto común en la juventud antioqueña, que lo arrastraba por caminos variados sin detenerlo en ninguna actividad especial. Era poeta, escritor, orador, jurista, filósofo, ingeniero y solía entregarse a la corriente de la vida bohemia más de lo que consentía la situación del país y el puesto que ocupaba en la política... Tenía estatura regular, cuerpo bien conformado, fisonomía espiritual que se prestaba a las manifestaciones más diversas, para lo que un ligero defecto en la conformación de los ojos, concurría más bien que servía de obstáculo. Era calvo, de voz llena y de conversación muy animada: gozaba de muchas simpatías, pero no inspiraba respeto”.

Las comadres que rezaban el trisagio en la iglesia de La Candelaria lo miraban como la encarnación de Satanás; sus copartidarios liberales pensaron siempre que era un tráfuga de la política; los conservadores lo calificaron de inconsecuente y veleidoso; para los mercaderes del marco de la plaza, incluido su padre, era un rojo que escribía versos y ensayos filosóficos en lugar de comprar y vender letras de cambio, y solo los más benévolo de sus paisanos se inclinaron a verlo como un muchacho rico, exótico, malcriado y medio loco a quien no era necesario tomarse muy en serio. También en su *Autofotografía moral* relata algunos de los rasgos de su carácter



que más irritaban a sus paisanos: “Desde el año 1848 hasta 1863 jugué a la suerte y al azar sumas muy fuertes; en todos esos años me mantuve creyendo no solo que podía haber tahúres honrados, sino que para ser jugador era requisito sin el cual no, ser hombre de bien. Como me sucede con todo, juzgaba por lo que veía y sentía en mí”.

Sobre el manejo de sus finanzas privadas soltó su frágil contabilidad: “Nunca he llevado cuentas ni he examinado las de cobranza que me han presentado, ni he vacilado en pagar los saldos liquidados en mi contra; ni sé qué se hicieron los cuarenta y tantos mil pesos míos que han pasado por mis manos, ni cuento jamás el dinero que me entregan, ni sospecho que me metan el cinco por ciento en monedas falsas. Soy seco y sentado como un banquero inglés, meditabundo como un filósofo alemán y frívolo como un calavera francés”.

Vivir en contacto con su público era una insuperable tendencia de su temperamento. Cuando no tenía periódico propio difundía su alma candorosa en los más conocidos y si le faltaban éstos, acudía a las hojas sueltas. Si los impresores se hacían exigentes ocupaba la tribuna pública. Siempre fue un trasgresor. Eso lo saben los padres jesuitas, ejército triunfante en mil batallas contra los infieles en todo el mundo, que perdieron la guerra con Camilo Antonio, al que devolvieron, un día cualquiera de 1847, al almacén de su padre Gabriel. La doctrina tomista aprendida la desplegó para combatir al clero y refutar las encíclicas papales. Convertía las clases en verdaderas batallas. Entre ingenuo e irreverente desbarataba con sus exigencias de explicaciones los silogismos elaborados durante siglos.

Siempre fue un desobediente y tuvo plena conciencia de ello. En su *Autofotografía moral* dice: “Mis mayores, mis maestros y casi todos los que tenían la misión y el deber de educarme, han sostenido en mi cara, en mis barbas, y de una manera intransigente y dogmática, que yo no sirvo para nada; y tanto han machacado e insistido en ello que acabé por creerlo yo mismo. Me declararon menor de edad a perpetuidad, y aunque no me declararon párvulo, yo paré en considerarme sucesivamente como un niño expósito, como un bobo de más de dieciocho años, o como un viejo que hace muchachadas, pero sea dicho y valga la verdad, todos sabían o sospechaban, saben o sospechan, que yo no sé hacer ojo de sogá —nudo corredizo para enlazar—, que no sé armar lo que los arrieros de Antioquia llaman la encomienda de una sobrecarga; que yo no sé cuántos granos tiene un costal de arroz; y que ¡oh santa simplicidad! he cometido el delito de dos yemas de casarme dos veces con muchachas intachables pero pobres”.

Escribió una introducción en verso a la *Memoria científica sobre el cultivo del maíz*, de su coteráneo Gregorio Gutiérrez González. Se inició muy temprano en las lides político-militares. Cuando solo contaba doce años tomó la opción política a favor de Salvador Córdoba en

la llamada Guerra de los Supremos. Esta alternativa escogida por el niño entraña un acto de rebeldía contra su padre que era la cabeza visible de los *Ministeriales* en Antioquia —germen de lo que después se llamó partido Conservador—, precisamente contra quienes combatía Córdoba.

Entre 1848 y 1851, Camilo Antonio combinó sus estudios con el activismo político al lado de ‘Los Gólgotas’, y con la vida alegre de Bogotá. Nunca llegó a graduarse y regresó a Medellín, no para encargarse de los innumerables pleitos de su padre, pues solo le apasionaba el derecho penal, sino para difundir las ideas liberales, combatir el recién nacido partido Conservador y organizar las sociedades democráticas en Antioquia. Para desarrollar su tarea proselitista fundó *El Pueblo*, un periódico semanal en el cual explicaba a sus conciudadanos los principios filosóficos del radicalismo y sus proyectos parlamentarios.

Los jóvenes de la “escuela republicana” desarrollaron un activismo político de la mayor importancia en varios frentes: la prensa en la que daban a conocer su esquema de libertades públicas y derechos ciudadanos, sus ataques al clero, al ejército, a los monopolistas y censurarios y sus preferencias por el régimen político federal, y de otro lado, su impulso a la educación popular, pues consideraban que mientras la ignorancia campeara entre el pueblo, este podía seguir siendo manejado por las fuerzas de la reacción.

Las contradicciones internas generadas por las profundas reformas que puso en marcha el presidente José Hilario López precipitaron la guerra civil. Don Julio Arboleda se levantó en el Cauca para oponerse a la ley de libertad de los esclavos y otros Estados lo secundaron, aunque por razones distintas. Los conservadores antioqueños se sentían incómodos con el gobierno de López, pero no se decidían a apoyar la revolución. Camilo Antonio, conocedor de la voluntad pacifista y negociadora de sus paisanos, se dedicó a tratar de neutralizar las tres provincias antioqueñas —Medellín, Córdoba y Santafé de Antioquia— con la colaboración de don Marceliano Restrepo, un comerciante con influencia entre los conservadores; pero como en otras oportunidades, y como seguirá ocurriendo en el futuro, la guerra vino de afuera. El general caucano Eusebio Borrero llegó a Antioquia, presionó algunos importantes jefes conservadores quienes en un rápido golpe de mano depusieron a las autoridades en Medellín, y Camilo Antonio, jefe civil de los radicales en Antioquia, fue a dar con sus huesos a la cárcel, de la que salió al ser derrotada la revolución conservadora, a mediados de 1852.

Después de esa dura experiencia, Echeverri viajó a Inglaterra donde estuvo dos años; de ese período quedan algunos artículos publicados en *El Neogranadino*, de Bogotá, sobre la cultura, la organización del Estado y la religión protestante. Regresó al país en 1854, en plena dictadura “melista”, a la cual combatió desde la prensa con gran vigor.

La coyuntura de la guerra del año sesenta lo toma, como a todos los radicales de la vieja escuela republicana, un poco desprevenido. No puede defender el gobierno de Ospina Rodríguez que llega a su fin, pues este representa todo lo que el radicalismo ha combatido, pero no se decide por Tomás Cipriano de Mosquera, jefe de la rebelión, a quien considera un autócrata, un militar de la vieja guardia y un enemigo más peligroso que los mismos conservadores. Igual actitud observan los radicales en Bogotá, pero la vorágine de la guerra termina por envolverlos a todos y acaban militando bajo las banderas de Mosquera. Camilo Antonio, por el contrario, amparado en la autonomía regional que consagra la constitución de 1858 y en la existencia del Estado Federal de Antioquia, diseñó una estrategia bastante original y bien vista por los principios filosóficos del radicalismo y sus proyectos parlamentarios. La producción y los negocios; la estrategia consistía en declarar la neutralidad de Antioquia con la tesis de la no intervención y respeto a la autodeterminación de esa *otra* “nación” que el general Mosquera había fundado con los estados del Cauca, Santander, Bolívar, Magdalena y Panamá. Esta postura, que fue criticada por liberales y conservadores en el resto del país, quedó plasmada en dos folletos que se divulgaron ampliamente: *La neutralidad de Antioquia* y *Otra vez Antioquia*.

Pero la guerra se prolongó, el general Mosquera no se conformó nunca con una parte, lo quería todo, e inevitablemente llegó a las fronteras del Estado de Antioquia y amenazó con invadir sus campos, sus minas, sus villas y ciudades; ante el peligro que representaban las huestes negras de Mosquera que venían, según los conservadores, a violar mujeres, devorar infantes, quemar iglesias y sacar las monjas de los conventos, la aterradora burguesía antioqueña capituló en Manizales y financió a Mosquera con un jugoso empréstito de guerra que le permitió rehacer su ejército y llegar triunfante a la capital de la república.

Camilo Antonio, que se había alejado de las decisiones del radicalismo al inicio de la guerra, no entendió muy bien los presupuestos del armisticio o la “esponsión de Manizales”, como se la denominó en la época, y menos aún la inusitada tolerancia de Mosquera con las autoridades conservadoras del Estado. Estas alianzas secretas entre los partidos que combinaban la guerra a muerte entre el pueblo con los pactos de caballeros en la cumbre, nunca fueron de su agrado y en un acto casi suicida intentó tumbar a las autoridades conservadoras de Antioquia, con lo cual fue de nuevo a parar a la cárcel, de la que solo salió cuando Mosquera derrotó las fuerzas del gobierno y asumió la dirección del Estado.

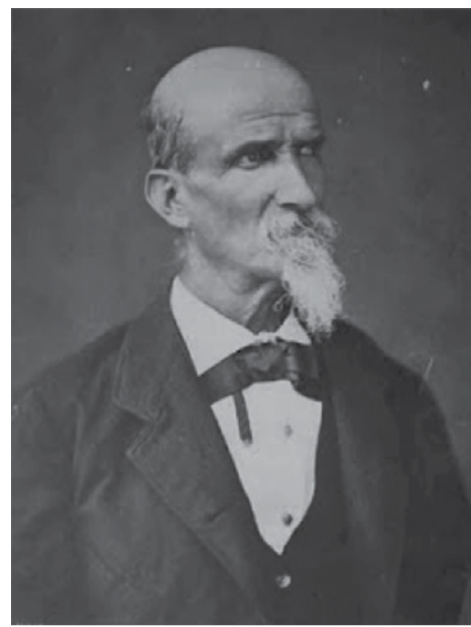
Apenas iniciada la era liberal sobrevino en Antioquia la rebelión conservadora comandada por Beltrán Justo Berrio, y continuó el peregrinar de Camilo Antonio por el desierto de la oposición; acompañó hasta lo último a su primo Pascual Bravo, presidente del

Estado Soberano de Antioquia, y estuvo a punto de perecer con él en la batalla de Cascajo, donde su cabalgadura recibió cinco impactos de fusil. El Tuerto esperó que el gobierno de la Unión, presidido por Manuel Murillo Toro, viniera en auxilio de los liberales antioqueños para reinstaurar la vigencia institucional, rota por un golpe de mano violento y sorpresivo, pero en lugar de los ejércitos del adicalismo llegó a Antioquia don Próspero Pereira Gamba, uno de los comerciantes más ricos del país, amigo y compañero de negocios de todos los prohombres de Antioquia, tanto conservadores como liberales, y logró en pocas semanas reinstaurar la alianza tácita entre radicales y conservadores, y conseguir del general Berrío una declaración según la cual se sometía en todas sus partes a la Constitución de Rionegro y juraba cumplirla en el Estado de Antioquia. Por su parte el gobierno de la Unión reconocía como legítimo el gobierno de Berrío sobre la base filosófica del derecho de los pueblos a la insurrección.

En lugar de la hegemonía radical, la región vivió doce años bajo la tutela de Berrío, y Camilo Antonio, el radical de Antioquia, vio con tristeza cómo sus amigos liberales entregaban la provincia para ganar el apoyo a sus propuestas económicas por parte de los representantes conservadores en el Congreso. Se queda, pues, solo con sus ideas, sus principios filosóficos y su idealismo recalcitrante, escribiendo desde las columnas de los periódicos contra un régimen que se fortalecía a ojos vistas y que cumplió la sagrada misión de conservatizar la provincia. Para oponerse al gobierno de Berrío funda *El Índice* y arremete con renovada violencia contra los conservadores, el clero, el papa y las costumbres sociales y políticas de Antioquia.

Al iniciarse la década de 1870, Camilo Antonio empieza a manifestar una violenta crisis que no es únicamente suya sino que comparte con el radicalismo y que de manera distinta, y a diferentes ritmos, afectó a todos los intelectuales de la vieja escuela republicana. El Tuerto, gestor de la propuesta de Rionegro, vio caer ante sus ojos, uno tras otro, sus ídolos, sus dioses, sus principios filosóficos y no tuvo como consuelo un cargo público ni se lucró de los beneficios económicos del poder, pues nunca incursionó en los negocios privados; fue, pues, “un perdedor de dos yemas” para utilizar su terminología, con su partido y con el contrario.

Reconfortado por esa catarsis espiritual reinició en Bogotá su tarea periodística y panfletaria contra sus viejos amigos, los radicales, y enfiló sus tintas de luchador impenitente contra la candidatura de Aquileo Parra, que se disputa con Rafael Núñez la presidencia de la Unión para el año 1876. La aparatosa elección de don Aquileo Parra, las evidencias de fraude electoral y las denuncias sobre la violación del sufragio en varios Estados, prenden



Camilo Antonio Echeverri en su único retrato en vida.

nuevamente la chispa de la guerra civil y el partido Conservador se levanta agitando la bandera de la persecución religiosa. Camilo Antonio, recién convertido al cristianismo y aterrado por las noticias sobre la elección de don Aquileo, decide que esta es una guerra justa, pues se violó de manera flagrante la voluntad popular y se atropelló la pureza del sufragio. Se alista en el ejército conservador de Antioquia, que marcha hacia el sur, comandado por el general Marceliano Vélez. Esta guerra tiene, quizá más que otras, un marcado tinte clerical; las imágenes de la Virgen del Carmen y de Cristo Rey presiden la marcha de los ejércitos antioqueños. Hasta un mesías que pregona en Abejorral el fin del mundo con su caudal de seguidores, se suma a la vanguardia para exterminar las huestes del demonio y aminorar la ira de Dios; con este conspicuo ejército de cristeros viaja Camilo Antonio “como coronel sin tropa, ingeniero sin funciones e historiador sin datos”, como cuenta en su *Autofotografía moral*.

Bien pronto descubrió que el arte de la guerra no era el fuerte de don Marceliano Vélez, quien rehuía los enfrentamientos y estaba más interesado en parlamentar que en combatir. De modo que el formidable ejército antioqueño y sus novedosos fusiles de aguja se evaporaban como el alcanfor a la vista del enemigo. Asistió a las batallas del Arenillo y Garrapata y regresó con los ejércitos derrotados y con el estigma de los vencidos, precisamente cuando entraron triunfantes a Medellín las tropas liberales al mando del general Julián Trujillo, el 5 de abril de 1877. Cruel paradoja la de Camilo Antonio: cuando por fin es derrotada la hegemonía conservadora de Antioquia, reformada su Constitución e introducidos algunos de los principios que él defendió en Rionegro, está en la otra orilla, vencido y desprestigiado, mientras sus viejos amigos del radicalismo antioqueño ocupan los cargos de dirección y usufructúan una victoria por la que nunca expusieron el pellejo. Camilo Antonio, luchador infatigable, funda un nuevo periódico, *La Balanza*, y desde allí continúa su guerra solitaria contra el general Marceliano Vélez, contra los liberales y los conservadores.

En 1880 apoya la candidatura de Rafael Núñez. Ingresó por esta vía a la tolda de los liberales independientes, pero una vez que este controvertido político llega al solio de los presidentes le declara la más furibunda oposición y lo combate desde las páginas de los diarios con tenacidad y violencia. Siempre en la oposición, siempre derrotado; cuando triunfaban las causas que había defendido, estaba del otro lado de la medalla.

Nunca se arrepintió de sus aventuras políticas y de sus viajes a las toldas contrarias; lo único que lo atormentó siempre fue haber apoyado a Núñez y haber creído en sus promesas de regeneración. Sobre este decisión dice en su *Autofotografía moral*: “Fui *nuñista* porque yo creía, como muchos, que ese hombre era liberal; cuando me vi en peligro de quedar cogido en la infame ratonera que armó con los ultra católicos, con los religionarios y con los conservadores, quité el polvo de mis sandalias y dije: padre, perdóname, pequé contra ti, mea culpa”.

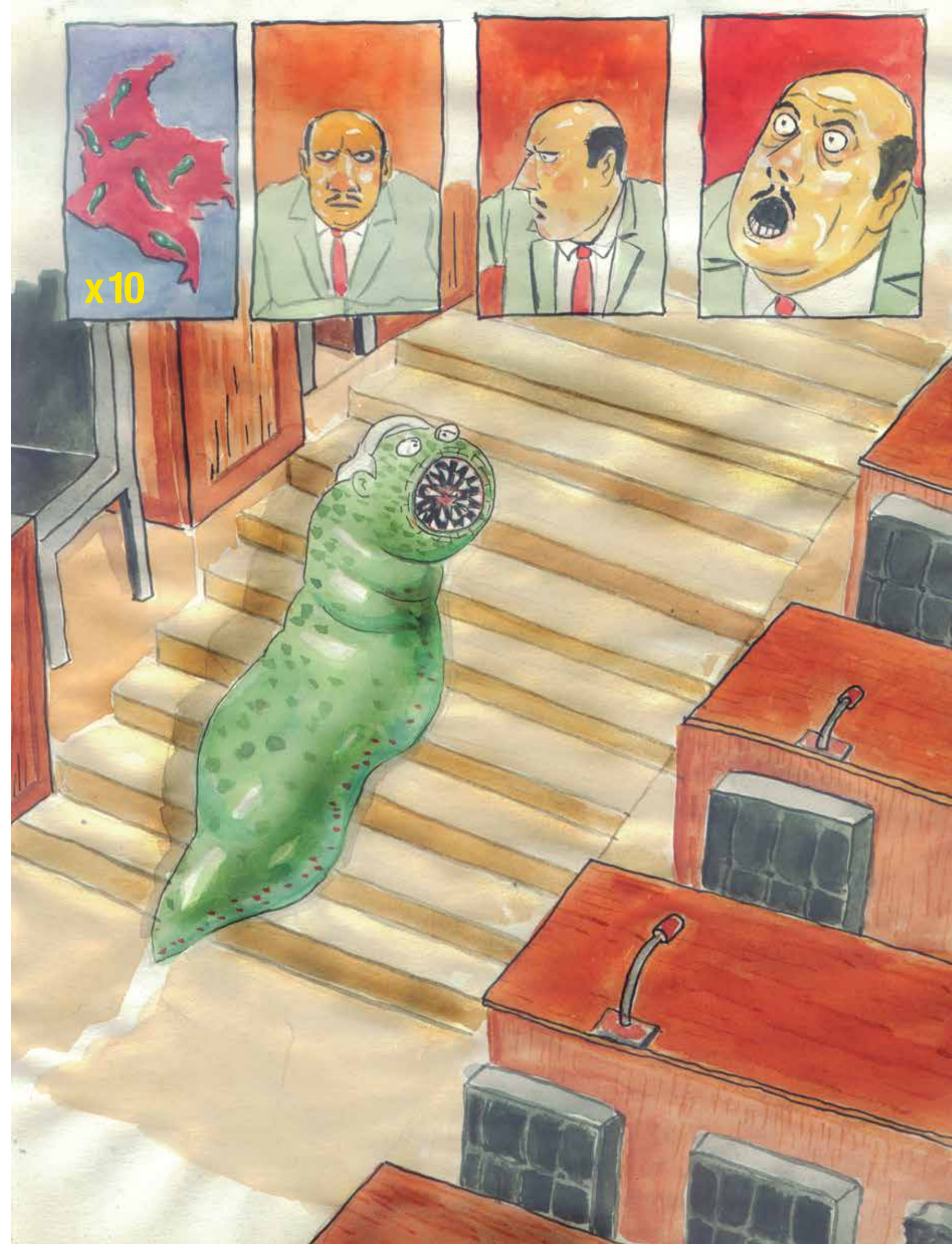
A raíz de su muerte, Juan de Dios Uribe, el conocido ‘Indio Uribe’, plasmó en una página de evocación las facciones de su amigo: “Camilo A. Echeverri tenía sesenta años: lo había envejecido pero no doblegado la edad. Su cabeza no tenía pelo, y su frente estaba pálida; en su rostro, enjuto y rasurado, solo rastrea un pobre bigote duro y unas

cuantas hebras en el extremo de la barba; dominábalo una nariz correcta, y se destacaban allí, en el rostro, el ojo derecho brillante y el izquierdo blanco y dormido en profunda noche. Su voz, naturalmente áspera, tenía entonces inflexiones más duras, que dado el aspecto de Camilo en sus momentos de cólera, se diría que su acento salía de una caverna”.

Sanín Cano contaba que solo una vez le cupo la buena fortuna de verle y de oírle. En Medellín, en la antigua plaza de Villanueva, “una tarde del año de 1880, vi colocar una tribuna portátil. La gente empezó a reunirse alrededor de la cátedra improvisada, y cuando éramos cerca de ciento, subió a ella, impávido, vestido con traje de verano, con un rollo de papeles en la diestra, el gesto epigramático en la comisura de los labios y en el ojo ausente, Camilo Antonio Echeverri, más viejo en apariencia que en realidad. La disposición de espíritu era regocijada en el auditorio. Tenía ya el inagotable escritor fama de humorista entre sus lectores, y empezaba a circular entre los que no leían ni pensaban por falta de tiempo y de otras cosas más sustanciales, la especie de que Camilo andaba un tanto descabalado espiritualmente. “Todo hombre que no señala con rigor en su vida las características de la medianía, va adquiriendo reputación de loco entre sus contemporáneos”.

“Se hizo un gran silencio. La tarde era plácida y la soledad de la despojada llanura, que se extendía hasta los contrafuertes del cerro Pan de Azúcar, aumentaba la impresión dominante de taciturnidad. El silencio pesaba como un remordimiento. Lo rompió el orador para decir que iba a hablar de los seminarios, y después de haber pintado uno de ellos con los colores más siniestros, explicó, en formas aparentemente exculpatorias, que no se refería al de Medellín sino al de Bogotá. Le agregó nuevas sombras y detalles ominosos al cuadro, agregando: ‘Pero mis oyentes deben tener presente que esta desventurada descripción se refiere solamente al seminario de Bogotá, no al de Medellín; el de Medellín es mucho peor’. Antes de esta salida el auditorio había empezado a dar muestras de impaciencia. La carcajada con que algunos espíritus irreverentes acompañaron la estrambótica peroración, exacerbo el ánimo de la mayoría, que allí empezó muy en breve a tomar actitudes amenazantes. La conferencia no llegó a su término”.

Solitario y batallador. Y para darle forma al panorama de su trasiego, el foro, el periodismo y la bohemia no eran precisamente actividades de muy buen recibo en un pueblo de comerciantes y beatos de misa y camándula. Una permanente hostilidad que iba desde el murmullo sordo hasta las amenazas anónimas, se levantaron contra este radical que defendía asesinos confesos, denigraba del papa y sus ministros y despreciaba olímpicamente el dinero y los negocios. ☹



Libros con sabor
Té, café, libros, regalos, repostería fina, sándwiches, sopas y ensaladas.

Calle 53 # 64 a 27
Barrio Carlos E Restrepo
Tel. 2301836

EXLIBRIS

Ver, Pensar y Hacer
TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ

Calle 11A N° 43E-5 - 3° piso - 301
Tel. 2 66 10 01 - Cel. 311 219 54 33

www.cinéfagos.net

cine colombiano · crítica de cine
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas



FESTIVAL

MEDELLÍN VIVE LA MÚSICA

CIUDAD ESCUELA

Medellín dialoga con el mundo en el lenguaje universal de la música

ACOMPÁÑANOS EN ESTE VIAJE



PROGRAMACIÓN ARTÍSTICA

	MIÉRCOLES 8	JUEVES 9		VIERNES 10	SÁBADO 11		DOMINGO 12		LUNES 13		
	Parque de los pies descalzos	Parque de los deseos	Salón Amador *	Parque de los deseos	Teatro Pablo Tobón Uribe	Parque de los deseos	Teatro Pablo Tobón Uribe	Orquideorama	Orquideorama	Salón Amador *	
3:00 pm				ONDAS ELÁSTICAS Tierradentro Colombia Alejo García Colombia	INTERVALOS Natalia Valencia Colombia Alejandro Valencia Colombia Camerata Vocal Colombia		VIBRACIONES Perotá Chingó Argentina Sofía Rei Argentina Inés Granja Colombia	ESPECTROS DE FRECUENCIAS Green Monkey Colombia Alkaman Colombia Teo Grajales Colombia Fats0 Colombia	QUE VIVA LA MÚSICA EN MEDELLÍN Rogs Colombia La Guacha Chile Providencia Colombia Sonora 8 Colombia		
6:00 pm				Emel Mathlauthi Túnez Apanhador Só Brasil Residuo Sólido Colombia Aguasalá Colombia Cimarrón Colombia Siddhartha México Charles King Colombia	ARMONÍAS DE ONDAS Fernando Milagros Chile Pavel Nuñez Rep. Dominicana Pedrina y Río Colombia Violentango Argentina Lucía Pulido Colombia	POTENCIA ACÚSTICA Velo de Oza Colombia San Juan Project México Sonia Uruguay Once Tiros Uruguay Colectro Colombia Descartes a Kant México Tremor Argentina	A Banda mais Bonita da Cidade Brasil La Yegros Argentina Joao Taubkin Trio Brasil Saracotía Brasil Banda Trifulka Chile Ariel Rot Argentina				
7:00 pm	CONCIERTO INAUGURAL Gustavo Santaolalla Argentina										
8:00 pm	Red de Escuelas de Música de Medellín	DEL CARIBE SICOTRÓPICO AL AFROBEAT Tarmac Colombia Sonámbulo Costa Rica Seun Kuti Nigeria	Esteban Gira Colombia CERO39 DJ Colombia Rocky Francia Coma Alemania								
10:00 pm				Systema Solar Colombia							Fonts Colombia Blue Art Musique Colombia Jaibanakus Colombia
				Teatro * Matacandelas		Teatro * Matacandelas		Teatro * Matacandelas			
11:00 pm				DE REMATE EN EL CANTADERO		DE REMATE EN EL CANTADERO		DE REMATE EN EL CANTADERO			

* Cupo Limitado

Programación sujeta a cambios

DESCARGA NUESTRA APLICACIÓN EN GOOGLE PLAY o APP STORE: CIRCULART 2014



Conciertos • Encuentro de artistas
Feria • Rueda de negocios
Talleres • Conferencias

octubre
8 al 13
entrada libre

